

PARQUE MOELLUS

# MALA PRAXIS



JORGE GOYENECHÉ



## **MALA PRAXIS**

*a los pibes de fm futura,  
porque conservan la memoria  
y siguen luchando contra el gigante*

“Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado.  
Y los hombres finalmente se ven obligados a enfrentar, sin ilusiones, las  
condiciones reales de su existencia y sus relaciones con sus semejantes.”

Marx y Engels Manifiesto Comunista

## PARTE UNO

1

Sonó en medio de la noche el llamador. Su jefe lo instaba a saltar de la cama, bajar inmediatamente a la calle donde lo esperaba el fotógrafo y cubrir un accidente en la ruta dos. Ya. Todo era ya menos la paga. Por un instante pensó en desoír la voz odiosa pero mecánicamente se puso en marcha. Eran las dos y media cuando subió a la tráfico. Salieron a toda velocidad por la calle 44, esquivando perros distraídos (no siempre con éxito). En el distribuidor un camión, con las luces apagadas, cruzó en contramano hacia la capital y los obligó para evitar una maniobra brusca a seguir derecho unos cuantos metros camino a Brandsen, luego dieron marcha atrás y tomaron el rulo que empalma con la autovía. El choque había sido camino a Mar del Plata, a la altura del kilómetro 68. Hubieran llegado más rápido si no se les hubiera interpuesto una manada de ovejas y un par de carpinchos que habían escapado por una tranquera mal cerrada. Fueron apenas un par de minutos. Desde lejos se veían las luces de los móviles policiales y de la ambulancia. Había muchos curiosos que volvían de la costa y habían detenido sus automóviles para sacar fotos o filmar a los accidentados.

Una familia completa, según le informó el oficial, padre, madre y dos niños. Según parece en el puente de Chascomús tomó la vía equivocada y siguió así por varias decenas de kilómetros hasta que chocó de frente contra un

camión cargado con bolsas de cemento, gallinas y unas diez valijas llenas de pulóveres. Intentó comunicarse con el diario pero no tenía señal en el celular. Un sonido espeluznante completó el cuadro en medio de la noche tibia. Las aspas del helicóptero de control vial se habían golpeado contra un molino y el aparato cayó rebotando en medio de la gente. Explotó y él vio cómo volaban los cuerpos de varias personas y caían en el pasto o sobre los arbustos. Inmerso en el caos perdió de vista al fotógrafo. Un micro de dos pisos, lleno de turistas de regreso, fue alcanzado por un trozo del helicóptero, el chofer murió instantáneamente y la enorme mole, sin rumbo, rompió el guardrail y volcó en el zanjón. El cielo nocturno se iluminó de fuegos. Seguidilla de autos, camionetas, tractores con los arados puestos, ómnibus y camiones se aplastaron unos contra otros como en juego sadomasoquista. Vio volar, despedazarse, reventar muchos cuerpos. Sintió un fuerte dolor en la cabeza pero no se encontró ninguna herida. Algo mareado se alejó hasta el costado del camino y apoyó la espalda contra un árbol. Después de pasarse la mano por la frente notó, como si descorriera el telón, que no había ninguna persona en movimiento. Parecían todos muertos. Desesperado empezó a correr entre los hierros retorcidos y humeantes. En el zanjón solamente había personas ahogadas. Muertos estaban los policías, los de la ambulancia, los curiosos y también su compañero. La sangre y el olor acre fundían los cadáveres en un fade out final a rojo gore. Tontamente miró su celular e intentó encontrar la señal con el gesto del que espera algo del cielo. Salvo dos o tres restos de fuego, lo rodeaba la oscuridad. Pensó que podría esperar en la autopista la pronta llegada de nuevos móviles policiales, bomberos, ambulancias. Pero se

fueron sumando muertos como en un Apocalipsis restringido a unas pocas decenas de metros de diámetro. Se sintió amenazado por los pedazos de objetos y seres que caían, chocaban, explotaban y decidió huir. Aguzó la vista hacia ambas direcciones de la ruta pero no había nada, solo probables nuevos accidentados que a menos de un kilómetro de distancia seguían llegando con el acelerador a fondo. Giró hacia el campo y creyó ver algo. Instintivamente se dirigió hacia allá por un camino de tierra. Tampoco vio vacas, ni caballos. No ladraban los perros. Pasaron unos cuantos minutos y al doblar, después de unos matorrales, distinguió un caserío.

2

Tropezó reiteradas veces contra alambrados sueltos y postes caídos. El sendero lo acercaba y lo alejaba de las casas en un retruécano inútil. Creyó pasar en dos o tres ocasiones por la misma huella barrota hasta que se decidió y caminó en línea recta saltando cercas y acequias. A sus espaldas ya casi no se veía nada, solamente unos fuegos como ojos entre la densidad de los eucaliptos que bordean el camino. Los perros no ladraron pero una puerta se abrió. Era una casa humilde, casi rancho, con sus columnas de caño oxidado mal sosteniendo el alero poblado de plantas trepadoras. Macetas con cactus o algo similar, seco y pinchudo, controlaban la ventana de madera por la que se filtró una leve luz.

-¿Sí?- preguntó apenas una voz de hombre cuya figura se contorneó en el umbral.

-Hubo un accidente terrible. En la ruta –agregó como si con esto lograra una cercanía, una especie de documento que lo presentara allí, en medio de la noche y la soledad.



La puerta y el gesto del hombre le dieron paso. Adentro, una señora retacona, de unos treinta años fatigosos, calentaba una enorme plancha sobre una salamandra. La habitación era una humilde cruz de cocina, lavadero y estar comedor. Le acercaron un vaso de agua y se serenó un poco. El hombre le indicó que se sentara en una silla inestable. Era un paisano de mirada franca, tal vez algo mayor que la mujer. Le dijo que últimamente había habido muchos accidentes en esa zona. La gente anda como loca, apurada. Irían a lo de un vecino para que lo acercaran a la ciudad en la camioneta. Teléfono no había. Cuando el hombre se corrió hacia la ventana, él vio a los niños. Eran dos, una nena de siete u ocho y un varoncito de cinco, aproximadamente. Jugaban en un rincón con una moderna playstation (pantalla líquida, inalámbrica, observó con sorpresa), en absoluto silencio, con enormes auriculares, y sin moverse casi. Unas explosiones de colores y monstruos tridimensionales escapaban, saltaban, se acercaban para salir de la pantalla. Los dedos recorrían el teclado con precisión y vértigo. La luz se cortó con un lejano ruido a chisporroteo y todo quedó absolutamente a oscuras por diez o quince segundos, que fue el tiempo que demoró la pantalla en retomar su hiperactividad. Solo el juego revivió, evidentemente provisto de generador. Durante el breve lapso los niños se habían puesto en movimiento, corrieron hasta el exterior a oscuras, quizás al baño, mientras exigían comida y bebida, retornando con precisión a ocupar sus lugares apenas reiniciada la diversión. La mujer, a la luz de una vela, siguió con su plancha y su cocina. El hombre le hizo una seña y lo invitó a seguirlo. Salieron a la oscuridad.

3

-Sígueme. Ni mire ni hable.

Habrán recorrido unos doscientos metros por el barrial. No había con quien hablar, más que el guía, ni qué mirar, salvo la negrura. Llegaron a otra casa, también bajo el influjo del corte de luz. Un hombretón los esperaba junto a la camioneta. Le indicó con un gesto que subiera y arrancó.

-Cortando por acá podemos esquivar la ruta y caer por la avenida donde hay micros.

Las luces iluminaron arbustos, vacas y alambres. Y un reflejo le hizo notar el perfil del conductor. Tenía una prominencia en la frente, igual a un pequeño cuerno de rinoceronte, pero antes de que se fuera la breve luminosidad dejó de mirar. No mire, no hable, había sido la consigna, y él comprendió que debía respetarla al menos hasta que lo acercaran a un lugar seguro.

Después de una curva en la que patinó la camioneta tomaron un sendero más firme, probablemente de conchilla o piedras. A lo lejos, repentinamente, se encendieron o aparecieron las luces de la avenida. El conductor frenó de golpe ante tal visión y le indicó que se bajara, que hasta allí podía llevarlo. Apenas puso un pie afuera y dijo gracias, el otro dio la vuelta y se perdió en el regreso.

4

Faltarían unos quinientos metros para llegar hasta el camino. Aunque las casas seguían a oscuras, alguna pantalla se vislumbraba por las ventanas.

Quizás la luz hubiera vuelto ya y los lugareños ahorrativos solo encendían la tele o los juguetos. Alguien arriba de un techo acomodaba una antena, y él recordó a su padre quien desde hacía unos cinco años vivía por arriba de las casas sin bajar jamás. Tenía ganas de verlo y se propuso que iría a visitarlo al día siguiente. Ya en la cuarenta y cuatro apareció un taxi, el celular recuperó la señal y se sintió más protegido. Se durmió. Finalmente lo despertó el chofer con su voz de pájaro. Apenas media hora después estaba en su departamento pidiendo una pizza especial.

Se dio una ducha y se dispuso a escribir su crónica. Llamaron, era el chico del delivery. Bajó hasta el hall, le pagó y subió con la caja. Se sirvió un vaso de vino y abrió la caja. La pizza estaba del revés, toda pegoteada, no era especial sino de anchoas. Además el muchacho le había dado vuelto de más. Se asomó por el balcón para pegarle el grito pero ya había doblado en la esquina. Intentó comer pero pese al hambre que la angustia le había acentuado, era imposible: las anchoas se habían adherido a una cubierta de plástico extraña que tenía un olor horrible. Sonó nuevamente el portero. Era el chico del delivery. Seguramente –pensó– se dio cuenta del billete equivocado (uno de cincuenta en lugar de veinte). Bajó dudando si devolverle la plata o exigirle otra pizza. En el hall, se sorprendió al encontrarse con otro muchacho de la misma compañía que le traía otro pedido, con sus datos correctos (teléfono, dirección, contenido: especial, decía en letras rojas). No dijo nada, el hambre podía más. Como venganza pagó con el dinero extra. Rumbo al ascensor sintió un fuerte ruido a sus espaldas. El muchacho se había caído de la moto antes de arrancar. Cuando empezó a dirigirse hacia él para ayudarlo, la puso en marcha y se fue a toda

prisa haciendo esos. El casco quedó en el piso y él salió a buscarlo. Llegó al departamento con la caja tibia en una mano y el casco ajeno en la otra. Miró el reloj de pared, ¿las cuatro y cuarto? No podía haber ocurrido todo en escasas dos horas, o sí. ¿O andaba mal el reloj? La hora del celular coincidía. Abrió la caja. Contenía seis empanadas y una espátula de cocinero. Evidentemente al guardarlas, la habían olvidado. Sonó el teléfono. Eran de la pizzería. Le preguntaron, sin darle tiempo a responder, si el helado que había solicitado y pagado era un kilo de chocolate o tres de dulce de leche, frutilla a la crema y cerezas al marraschino. Eligió la última opción. Media hora después le trajeron dos potes de tres cuartos cada uno (sambayón y crema americana). Ya completamente desorientado decidió prepararse un reparador don Pedro con más whisky y menos helado del clásico y meterse en la cama hasta que el mundo o su cabeza se reorganizaran.

## 5

Se despertó cerca del mediodía y pegó un salto. No había enviado la crónica al diario y su jefe lo esperaría a los gritos. No le habían mandado ningún mensaje. Mala señal. El gordo debía estar furiosísimo. Decidió llamar y aguantar el chubasco. Lo atendió Mirta. No, el señor Domínguez (así llamaban al Gordo) se retiró anoche por un problema personal. Y decidió darles el día libre a los externos.

O sea que el diario saldría esa tarde sin artículos firmados ni fotografías. Solamente los clasificados, el clima, los números de lotería y los

avisos. ¿Sin la primera plana amarilla con el monstruoso accidente? ¿Qué podía haberle ocurrido al Gordo para que se perdiera semejante noticia? No tenía hijos, su ex mujer vivía en el extranjero. Sus padres habían muerto. No se le conocía pareja estable. Vivía para esas veinte páginas tamaño tabloide plagadas de escándalos, violaciones, robos y accidentes que devoraban los pasajeros de regreso a casa después del trabajo. El Gordo había armado un excelente negocio con unas oficinitas, dos secretarias y un par de estudiantes de periodismo mal pagos que hacían el armado bajo su vigilancia insoportable. Todo lo demás lo pagaba en negro a los "externos". Fotógrafos y cronistas que andaban a los saltos en la camioneta apenas los buchones mejor pagos de hospitales, morgues y comisarías le avisaban al Gordo antes que a sus propios jefes. A eso se le sumaban unas notas siempre oficialistas que el gobernante de turno retribuía generosamente con publicidad estatal y datos sabrosos sobre la vida privada de los opositores. El Gordo vivía como un monje, no bebía, no comía en exceso, solamente fumaba unos pocos cigarritos a la hora del cierre siempre vertiginoso.

Curioseó los diarios de la mañana en el kiosquito de abajo y por supuesto no encontró nada sobre el accidente de la autovía. Decidió caminar hasta la casa de su padre. Se le había pasado el dolor de cabeza y la mañana tibia aunque nublada le pareció perfecta para recorrer las veintidós cuadras.

6

Repentinamente recordó al fotógrafo y al chofer de la tráfico, muertos la noche anterior, pero aunque hizo un enorme esfuerzo no pudo acordarse de los

nombres ni de las caras. Aparentemente la impresión del accidente lo había bloqueado o conmovido de tal forma que en su memoria aparecían detalles pero no lo importante. El monstruoso robot 3D del videojuego, la antena sin dos elementos que alguien acomodaba en medio de la noche rural, la voz de pájaro del taxista, una leve rotura en el billete de cincuenta que le diera equivocadamente el muchacho del delivery, también recordaba con precisión un palo torcido de alambrado, una especie de cuerno entrevisto en la camioneta, el visor del celular sin señal, el olor desagradable del plástico con anchoa pegada, la tibieza de la segunda caja con la etiqueta “pedido número 36787”. Pero nada de sus compañeros con los que había trabajado al menos durante cuatro años. Recordó entonces la primera nota que hicieron los tres juntos cuando se ahogó un paracaidista en el lago vecino al aeropuerto. Pero no sus nombres. Ni sus caras.

Estaba a mitad de camino. Cruzó la plaza. En medio de un cantero seco, dos adolescentes concluían con leves gemidos su faena sexual como dos perritos desvergonzados. No los afectó su presencia ni la de un grupo de jóvenes que practicaba con sus redoblantes y variedad de instrumentos de percusión ritmos de murga o tribales, sin hablar ni cantar pero con un entusiasmo lindero en el frenesí báquico. Tampoco el grupo de jubilados con sus clásicas boinas o gorras abrigadas que hoy no jugaban a las bochas sino a embocar algo en un tacho. Cuando estuvo a pocos metros notó en qué consistía la competencia: primero cazaban palomas con un sistema de hilos trenzados en el piso y luego les arrancaban la cabeza a mordiscones y las escupían hacia un cesto de basura

con entusiasmo senil. A cada acierto gritaban con toda la boca abierta y los ojos fijos en la nueva presa. Los esquivó. Eran seis.

Al llegar al otro extremo de la plaza, lo alcanzó un fuerte olor entre ácido y pútrido que provenía de un enorme pozo contra el cordón de donde manaban líquidos cloacales. El canal atravesaba la calle y hacía acequia por el borde de enfrente. Un ciclista lo rozó. Ambos estaban distraídos. Él por esquivar la riada mierdosa y el otro porque venía leyendo los mensajes de su celular.

Luego tuvo que volver a bajar a la calle porque en medio de la vereda muchachones con uniforme de hipermercado jugaban a la pelota con una enorme caja de cartón, mientras otros dos los esperaban arriba del camión cargado de electrodomésticos que seguramente deberían descargar. Salió un supervisor y los retó como a niños de jardín. Dos de ellos se pusieron a gimotear culpándose mutuamente mientras los otros tres o cuatro con las cabezas gachas tomaban las cajas de televisores y lavarropas. El jefe se llevó a los llorones de las orejas hacia el interior del local.

Retomó la caminata por la vereda colmada de bolsas rotas de basura. Jauría de perros mudos se disputaban las sobras tirándose dentelladas. Dos chicas con uniforme de colegio privado se lanzaban escupitajos entre risitas y cuando él pasó a su lado se tocaron la entrepierna mientras le sacaban la lengua. Casi choca contra la pareja de tullidos.

Llegó a la zona de locales de ropa cara. Había mucha gente en las veredas y los negocios, con bolsas, comprando, discutiendo, regateando. Sentados contra una vidriera tres adolescentes tomaban cerveza mientras otro

integrante del grupo orinaba contra un árbol, apoyando su único brazo completo contra la corteza enmohecida.

Dos señoras, en medio de una ronda entusiasta de apostadores, daban fin a su violenta carrera topándose las cabezas sin soltar los paquetes multicolores de sus compras recientes. Algo así como machos cabríos disputándose el control de la manada. Hasta un par de atareados ejecutivos que corrían desde y hacia los bancos y financieras se detuvieron unos instantes para despuntar el vicio y arriesgar unos billetes a favor de la colorada o la de anteojos. Como él transitaba por la vereda de enfrente no pudo ver quién había ganado la competencia, aunque seguramente no había sido la favorita porque la gente pareció entristecer abruptamente cuando una de las dos se precipitó al suelo.

A una cuadra de la casa paterna decidió comprar algunas galletitas. El cyberdrugstore estaba abierto las veinticuatro horas. Un paquete de chocolate y otras de salvado. El kioskero tenía la cara llena de granos con pus y una mancha verdosa le cubría la mitad de la mejilla derecha. Mientras el hombre, con excesiva lentitud, contaba las tres monedas de vuelto (hizo la cuenta dos veces), él, para no incomodarlo con su ansiedad, se dio vuelta hacia las pantallas ante las cuales chicos y chicas jugaban y se autosatisfacían indisimuladamente. El hombre intentaba poner los dos paquetes dentro de una bolsita pero sus manos torpes (le faltaban dedos) no lograban completar la tarea. Buscó una bolsa más grande y consiguió su objetivo aunque según él notaría luego las de salvado estaba hechas trizas de tanto forcejear para guardarlas.

Cruzó. Ya estaba en la cuadra. Atravesó con sumo cuidado la enorme vereda rota del edificio abandonado y llegó a la casa de su padre.



Simón dice: Cuando tu madre murió fue por mala praxis. Pobre, hasta se había llevado exámenes para corregir al hospital. Estaba ahí, sentadita en la cama con la birome roja marcando los acentos y las otras faltas de ortografía.

Todas sus conversaciones empezaban igual. Simón estaba ido desde aquel entonces, seis años ya. En cada visita de su hijo aparecía algún dato más. Una operación de rutina, cien por ciento de éxito dijo el doctor. Y luego volvía a perderse. Rara vez agregaba algún comentario sobre otros temas que no fueran el de los días finales de su esposa. Noticias extravagantes que había leído en la red de la ciudad. Un perro cayó del balcón arriba de la cabeza de una señora que iba caminando. La mató. Un hombre que manejaba su auto y vio la escena se infartó y aplastó a otro que iba por la vereda de enfrente. O también podía ser una estadística sobre la desnutrición infantil en el norte del país. Cada vez más madres atan a los hijos a las columnas de alumbrado para que las dejen un rato tranquilas o para poder hacer los mandados sin que las molesten. El gobierno municipal decidió colocar unos ganchos en las veredas, cada cincuenta metros, para facilitarles la tarea. Y nuevamente se sumía en la oscuridad de su silencio.

Habitualmente repetía de memoria, palabra por palabra, lo que había leído. Otras veces abría la notebook y le recitaba directamente lo que había bajado de algún periódico. Luego, cerraba la tapa, y se encerraba él mismo.

Simón hijo había pensado en llevarlo a un geriátrico. Pero allí su padre se hubiera muerto por el terror que les tenía a médicos y enfermeras, o en el

mejor de los casos se habría escapado por el techo. Porque su gran habilidad, su diversión y su trabajo, consistían desde antes de la muerte de su esposa en vivir por allá arriba. Cuando su madre vivía y él estaba sano, solía pasarse buena parte del día arreglando alguna gotera, destapando canaletas, regando unos plantines que ponía en cajones chatos con tierra enriquecida o cualquier otra actividad necesaria o inventada. A partir de su viudez no bajó más. Se recluyó en una especie de galponcito donde solía guardar las herramientas. Su hijo pensó que sería pasajero, pero no lo fue. Intentó convencerlo pero no pudo. En esas circunstancias su padre se encerraba en su mutismo o se iba por los techos, como un gato amenazado, hacia otras casas o a la construcción abandonada, una mole de cemento de dieciséis pisos que había quedado inconclusa por años. Allí lo encontró una vez, haciendo jueguitos con un fulbito, y otras tantas andando en bicicleta. Si no puedes vencerlo, pensó, únete a él. Y le armó un bañito pegado al galpón donde su padre dormía. Simón lo ayudó (le enseñó) a roscar los caños de gas con la tarraja y a instalar el gas en un anafe. Ahí arriba tuvo microondas, anafe, baño y dormitorio-galpón. A veces desaparecía por unas horas, o por todo un día, pero siempre volvía a su reino a buscar noticias raras en la red y compartir algún asadito con su hijo cuando venía de visita con algo de carne. Tenía una parrilla en el edificio abandonado.

Como la casa no se usaba, Simón hijo la modificó, alquiló una parte a estudiantes que iban rotando año a año, y lo que antes era la entrada imperial lo convirtió en un supuesto garaje por el que se accedía al techo sin que nadie lo notara. Su padre estaba bastante paranoico y él tampoco se fiaba del mundo exterior. Muchos ancianos eran golpeados, violados, asesinados día a día por

jóvenes enloquecidos que más que llevarse algún dinero disfrutaban de juegos de rol cada vez más sangrientos.

Obtenía una buena renta. La casa funcionaba como un hostel, cocina común, baño a compartir y ocho camas. Había habido estudiantes pero poco a poco con el cierre de muchas carreras universitarias, se convirtió en lugar para gente de paso que se quedaba a lo sumo una semana. Las reservas se hacían por la red y nadie averiguaba demasiado. Mochileros de otros países, jóvenes del interior que venía a probar suerte en las agencias de publicidad. Los primeros paseaban y pasaban, los otros conseguían o no conseguían trabajo y por eso se mudaban en breve. Con el dinero le compraba ropa que su padre no usaba o comida que compartían. Le regaló una bicicleta, un fútbol nuevo y un arquito con red. También herramientas, su debilidad: tornos, soldadora, llaves de todas las medidas y formatos, caladora, un taladro nuevo. Poco a poco la casa quedó vacía. Simón se armó un sistema a energía solar para calentar agua con unos tubos fluorescentes quemados y unas mangueras, todo montado sobre una plancha de aluminio que encontró vaya a saber dónde en sus peregrinaciones aéreas. Lo denominaba Mi sistema solar. Con unas latas viejas, soldadas entre sí, un ventilador con motor de lavarropas y unos caños de gas creó un maravilloso artefacto con el que calentaba o enfriaba sus habitaciones. Pero lo más sorprendente era su invernadero. Una estructura tubular de caños plásticos que sostenían las piezas de nylon y a su vez lanzaban imperceptibles chorritos de agua sobre los tomates cherry, lechuga, cebolla de verdeo, albahaca, frutillas, zapallos de varias clases, plantas aromáticas de las que se alimentaba. Una tarde le mostró una foto del gallinero que había construido en el piso catorce del

edificio. No tenía habilidad para el diseño y la estética, sus aparatos eran eficientes pero monstruosos, cargados de refuerzos, alambres, tornillos, clavos, abrazaderas. Y el gallinero no había sido favorecido con la belleza. Parecía una mazmorra. Como no había conseguido alambre tejido, hizo cientos de agujeros en una chapa tras la cual tres ponedoras le proporcionaban dos huevos por día. Y cada mes y medio se cocinaba un pollito a la parrilla.

Meter a su padre en un geriátrico no hubiera sido acertado. No había grandes problemas de dinero y hubiera podido afrontar el gasto de un internado caro que se ajustara lo más posible a las excéntricas características de Simón. Pero el viejo les temía a los médicos, a las enfermeras y a cualquier otro que tuviera ese aspecto. Podía caer en un estado catatónico o tener un brote entre epiléptico y criminal por el solo hecho de que intentaran tomarle la presión. Se arreglaba solo, buscaba en la red síntomas y curas, y después de filtrar la información con sus gustos y caprichos personales, paría un remedio acompañado de alguna dieta con los cuales salía milagrosamente adelante.

Simón dice: cuando tu madre murió de mala praxis. A mí me sacaron la muela equivocada. Este hueco de acá atrás. El doctor Balbín le dijo que un cien por cien de eficacia. De rutina. Para qué le iba a hacer juicio yo por mala praxis. Para qué quería la plata yo. Yo quería a Helena, no a la plata. Para mí que fue la anestesia general. También puede haber sido por un bisturí olvidado adentro. No, nada de autopsia y manoseo. Ayer hizo cincuenta y tres grados en Atenas, en plena primavera, lo vi en el diario. Londres se inundó. Cerca de 500 personas (lee de la laptop) han muerto en Austrohungría por trastornos cardiovasculares agravados por las temperaturas que superaron los 51 grados la

semana pasada. Hubo incendios en la ex Italia. La zona más afectada es el promontorio del Gargano, en la región de Puglia. En Govinia se perdió la mitad de la cosecha anual de trigo y soja. Pensar que el mes pasado (cerró la laptop) los tapaba la nieve. No me vendría mal un vaso de leche. Pero por acá (se refería a arriba) no encontré ninguna vaca.

8

Salió con cuidado por la puertita metálica y volvió a cerrar con ambas tarjetas de seguridad. Cruzó en busca de un drug y casi tropezó con el féretro. Era lujoso, brillante, con manijas muy doradas. Yacía a pocos metros de la vereda. A lo lejos, unas tres cuadras, vio cómo se desplazaba lentamente el coche fúnebre del que se había caído el cajón. En el negocio habitual de la vuelta no había nadie. Entró, esperó unos minutos, llamó pero no apareció el dueño. Seguramente habría ido al baño. De la heladera extrajo cinco cajas de leche y dejó algo de dinero. Afuera dos encapuchados enterraban un cuerpo en un cantero. No lo miraron y él simuló no mirarlos.

Apuró el paso porque caía una lluvia fina que le hacía arder las orejas y las manos desprotegidas.

9

Simón dice: cuando murió tu madre por mala praxis decidí cerrar el negocio. Para qué si acá me arreglo. No necesitaba nada y sigo sin necesitar

nada. Puedo pasar sin leche aunque me gusta. Gracias. Con que me compres unas cajas de vez en cuando. Le tengo desconfianza pero la hiervo bien, la dejo enfriar y la pongo a hacer kefir. Los bichos la curan y yo me tomo el yogur. Pensar que el doctor Balbín me dijo que me iba a hacer mal. Qué mala sangre se hacía tu madre con los alumnos. Helena decía que cada vez le daban más trabajo. No, no, se portaban bien. No molestaban. Pero tampoco hablaban, ni entendían nada. Helena decía que ya no sabían sumar, ni escribir. Pobre mujer, ella seguía y seguía y yo le decía Helena son otras épocas y estamos viejos.

Hubo un ruido fortísimo y al levantar la vista vieron cómo dos enormes aviones chocaban y explotaban. Cayeron bolas de fuego sobre edificios no muy lejanos. Sus pies vibraron.

Simón dice: otra vez. En los últimos dos años se triplicaron los accidentes aéreos. Lo dice el diario. Acá está. La estadística no miente. De diez años a esta parte fueron aumentando cada vez más. Al principio un pequeño porcentaje pero ahora, acá lo dice el diario, se triplicaron. Errores de los pilotos, falta de mantenimiento, fallas en los radares, distracciones de los operadores, problemas de fabricación.

Recordó algo del accidente de la noche anterior, aunque no podía precisar si había sido uno o más días atrás. Le pidió a su padre que lo buscara en la red, pero no encontraron nada. El sólo tenía en su memoria la imagen de unos niños en el campo y la pantalla del celular sin señal. Luego, con gran esfuerzo, se acordó de una horrible pizza de anchoas y un casco amarillo. Y nada más. Lo volvió en sí el olor a humo. Su padre no estaba. Se sobresaltó pero de inmediato lo vio en la construcción vecina prendiendo unas maderas para el

asado. Cada vez que lo visitaba su padre hacía un pollito a la parrilla y algunos pedazos de carne que vaya a saber cómo conseguía. Exquisito, con unas papas cortadas en rodajas, un pimiento rojo, un par de berenjenas (todo de la propia huerta) y ensalada de tomate y lechuga. Un vino tinto y pan casero.

Se dirigió hacia él. A la distancia no parecía tan anciano con esa vitalidad, con la espalda derecha y las manos firmes. Simón el estilista. Simón su padre a quien no le perdonaba que hubiera tenido tan poca creatividad a la hora de elegirle nombre, Simón, o sea Simoncito como antes lo llamaban. O Sim, como le decían ahora todos. Miró bien donde pisaba (no tenía la habilidad y costumbres de su padre) y se dirigió hacia el tercer piso, sector parrilla.

Ahora el viejo se estaba subiendo a una escalera rudimentaria de madera (hecha con retazos, mucho clavo, alambres). Con un gancho de percha en la punta de un largo caño plástico capturó y atrajo hacia sí un grueso cable, lo aseguró a la columna. El cable que antes pasaba lejos, quedó al alcance de la mano. Lo peló, lo pinzó con un broche cocodrilo e hizo una conexión hasta su laptop.

Voy a confundirlos. Porque ya hace dos días que la uso wifi y me van a rastrear.

Tecléo muy poco, pasó su dedo por el mouse. Se sucedieron rápidamente varias pantallas, cerró la computadora.

Simón dice: al poco tiempo de morir tu madre de mala praxis empezaron a observarme. O yo me di cuenta recién ahí (hubo un chisporroteo en la parrilla, desplazó unas brasas lejos del goteo grasiento). Tienen un call... no, un viewcenter con operadores las veinticuatro horas que observan todo, graban,

registran; luego los jefes de sala cotejan y los directores ordenan la captura. Usan la red inalámbrica de la ciudad y se te meten en el nervio óptico (hizo una pausa para señalarse el ojo derecho). Ven todo desde los ojos con los que se conectan. Pero la tecnología de los cables quedó en desuso y así uno puede meterse de vez en cuando por ahí para confundirlos (dio vuelta la carne y le puso sal). Era una operación de rutina, dijo Balbín. Pero se murió por la anestesia o le dejaron un bisturí. Un buen chorro de limón al pollito. El chorizo no hay que pincharlo, mejor que la grasa hierva adentro y lo cocine. Después lo abro en mariposa para que sea más sano. De vez en cuando no viene mal un poco de colesterol. Abrí el cabernet.

10

Simón había tenido distintos negocios. Cuando salió de la escuela técnica estudió dos años de ingeniería en telecomunicaciones pero se le juntó al aburrimiento de una facultad rutinaria y desprovista de recursos (ya no había talleres ni laboratorios, casi no había alumnos, muchos profesores ineptos y balbuceantes) el casamiento y el trabajo de preceptor.

Pero se cansó rápidamente de esa tarea policial y burocrática. Anotar todos los días marquitas tontas en planillas que nadie tendría en cuenta. Ausentes, presentes, llegadas tardes, alumnos que se retiraban antes por su decisión, porque los iban a buscar los padres, por ausencia de un profesor. Sanciones, avisos de sanciones. Notificaciones. Anuncios.



Probó con el comercio. Quería ser su propio patrón. Tuvo altas y bajas pero fue sobreviviendo. Finalmente heredó la casa paterna, cuando murieron sus padres durante la epidemia de gripe que se llevó un décimo de la población adulta. Cerca del centro de la ciudad, dos dormitorios, living comedor, cocina, baño, patio y garaje o entrada imperial que transformaría en local comercial. Lo había logrado, trabajaba en casa, reparaba computadoras y algunos otros artefactos electrónicos.

Después empezó a cerrarse cada vez más el anillo rígido del control. La mayoría de las computadoras domésticas desaparecieron por falta de insumos. Los repuestos y las máquinas nuevas venían de la metrópoli a precios descaradamente inaccesibles. Las redes de los cyber se usaban para juegos y mensajitos. Y ya casi nadie tenía una pc en su casa. Siguió un tiempo con los ipods y pantallas y cámaras digitales y finalmente se retiró. Bajó literalmente la cortina metálica. La viudez le redujo los gastos al mínimo por la absoluta falta de ganas de vivir. Apenas comía lo que él mismo cosechaba o criaba y al no salir a la calle se desprendía de las pocas probables tentaciones de hacer shopping.

Simón leía mucho. De manera completamente desordenada o quizás con una dirección extraña, errática. Bajaba libros de la subred: viejos manuales de tecnología, alguna biografía, recetarios. Consultaba foros de alucinados o fugitivos. Así había conseguido los planos e indicaciones para armar un generador a energía solar con elementos de viejos electrodomésticos y cachivaches recogidos en sus excursiones por los techos. El artefacto le proveía electricidad gratuita para su computadora personal, un par de lamparitas y la heladera. Sumado al calentador solar de agua, la huerta y algún otro artilugio,

sobrevivía en su isla autosuficiente como un Simón el estilista al que Dios le enviara el maná cotidiano.

11

¿Existe París? Ya no está permitido viajar solo. Después de la gran epidemia se acentuó un proceso que se había iniciado unas décadas antes, ningún turista puede entrar a la comunidad europea por su cuenta. Primero fueron los seguros médicos, luego los depósitos, las restricciones de tiempo. Finalmente se negó la entrada a quien no fuera por agencia. Y comenzaron las regulaciones de espacio. Los tours consisten en un día por París dentro de un velocísimo bus con ventanillas cerradas supuestamente por seguridad. Durante el recorrido se proyectan imágenes tridimensionales, se muestran mapas satelitales y se enseñan dos o tres frases típicas en la lengua correspondiente. El momento crucial, la mayor emoción, se producen cuando se detiene el bus, se abren las tapas y –¡oh la la!- se ven ya la torre Eiffel, ya el arco de triunfo. Fin del viaje. Ahora Londres. Roma y Atenas. Ni trenes, ni buses ni autos tienen ventanillas, solamente una pantalla líquida para el conductor y eventualmente para los niños o los turistas. Dicen que los nativos sí pueden circular por su barrio.

Sim no lo recuerda, pero en una de las caminatas hacia la casa de su padre fue herido con un dardo envenenado. Una pequeñísima astilla de vidrio líquido, vibrante, con un chip, que Simón le extrajera oportunamente. Las

bandas enemigas eran fanáticas de distintos personajes de los reality o de los juegos y a los que se vestían o se parecían a sus contrarios los atacaban. Empezaron con piedras y fueron evolucionando hasta estos dardos líquidos. Sim, no notó la señal colgada en la esquina (árbol podado con cadenas rojas pendiendo) que delimitaba una zona particular, y cruzó por ella. Afortunadamente pudo llegar hasta la casa de Simón. Los pequeños estuvieron pisándole los talones hasta que una nueva señal, al final de la siguiente cuadra, los detuvo. Aparecieron los enemigos con sus banderines verdes y el enfrentamiento de bandas le permitió escabullirse. Su padre le extrajo el vibrante, lavó la herida y le dio un antídoto casero que fue efectivo.

-¿Existe París?- preguntó Simón. Por la subred me enviaron fotos de destrucción, de edificios desmoronados y un río cubierto de desechos y animales muertos. Y no me puedo contactar con nadie de Londres. O están filtrados los viejos canales de la subred o algo peor. Este chip me va a servir. – Y lo guardó en una cajita junto a transistores, plaquetas, diodos.

12

Recordó. Su padre le había hecho beber uno de sus clásicos menjurjes de aromáticas sabrosas que no lograban mitigar el acíbar de la cola de quirquincho y el áloe. Fue una oleada. Dispersos cuadrados de colores diseminados en su cerebro fueron componiendo el rostro, todo el contorno, los demás sentidos, hasta configurar un recuerdo que se había descompuesto en pedazos irreconciliables impidiendo su comprensión. Cada partícula de aquella

experiencia tan fuerte se había ido atomizando por efecto de algo que no podía precisar: ¿una enfermedad, un bloqueo, el deterioro de su cerebro bastante joven? Sim no lo sabía. Su padre le dijo que todo estaba en retroceso. No usó esas palabras pero esa era la idea. Es un auto viejo -¿se refería al mundo, a la sociedad, a su hijo?- y cada pieza tiene un desgaste. Uno puede reemplazar un semieje pero la caja negra funciona mal o el resorte del carburador está oxidado, o un cable se cortó y hace... el mayor problema es que como en los primitivos trasplantes de órganos las piezas de recambio de una maquinaria también son rechazadas.

Sim había olvidado qué era recordar. Esa mezcla de alegría por revivir un momento, y de tristeza o nostalgia por la irreparable fuga en el tiempo. Su madre saliendo del hospital después de la operación. Simón le había dicho que Helena había muerto por mala praxis, en una operación que habría de ser rutinaria, común, sin ningún riesgo. Pero ahora, por efecto del calmante, la recordaba con vida, saliendo del hospital, en el taxi, en la puerta de casa, subiendo con mucho cuidado el escalón y sonriéndoles. Simón mentía. Su madre no había muerto.

13

Sintió placer en irse de allí. Disfrutó el paseo de regreso a su departamento, entre niños que jugaban en la plaza, jóvenes escuchando música o tocando la guitarra. Su padre le había mentido, era un mitómano. Simón dice, Simón miente. Se echó sobre la cama y miró las noticias. Allí estaba el accidente y su crónica. Afortunadamente, decía la movilera desde el kilómetro 68 de la

autovía 2, afortunadamente no hay que lamentar daños personales, sólo un par de autos golpeados. Unas enormes camionetas los cargaban mientras heridos leves (el padre con una cicatriz en la mejilla y uno de los niños con la rodilla colorada) eran llevados en la ambulancia. Y allí estaban el fotógrafo, el conductor de la tráfico y él mismo, regresando al periódico.

Se abrió la puerta del baño y salió ella, aún húmeda, envuelta en un toallón que se quitó para acostarse a su lado. Lo abrazó y le quitó la ropa mientras de la larga cabellera negra le caían las gotas sobre su pecho. El amor duró hasta el atardecer. Llegaron justo a tiempo las pizzas especiales, el helado y el vino. Ella preparó la mesa, él prendió dos velas, ella puso jazz. Rieron, comieron y agotaron la botella de malbec.

Cuando salieron a la terraza, la luna sobre el mar blanqueaba las tenues olas y una brisa tibia les acarició los cuerpos. En los árboles empezaban a cantar los pájaros del amanecer.

14

Sim despertó. Era pleno día. Sobre la mesa aún estaban los enseres de la cena. En un eterno loop seguía sonando el jazz. No había velas, no había ella. Solamente la sordidez habitual. Recordó algo del accidente pero ni las caras ni los nombres de sus compañeros. Un molino monstruoso golpeado por las aspas de un helicóptero policial, unos niños jugando con una playstation, frente cornada, palo caído, la falta de señal en su celular. Salió a la calle. Una lluvia picante le irritó la cara y las manos. Esquivó una pareja de súper obesos que lo

obligaron a bajar a la calle para poder pasar. En la plaza, dos jubilados violaban a un niño mientras otros cuatro vivaban en torno, entre risotadas y babas y manos contra las propias braguetas. Salían soretes por el caño roto de la calle y navegaban hasta la alcantarilla del otro lado de la avenida. Niñas se escupían. Un oficinista (traje y maletín) apostaba su sueldo antes de toparse violentamente contra una petisita rubia llena de paquetes de ropa fashion. Pasó por el costado del gran grupo de espectadores apostadores y aunque ya se había alejado unos veinte metros sintió, en medio del fragor del tráfico, el seco ruido del golpe de cabezas y los vivas o puteadas. Creyó entender, sin darse vuelta, que la rubia petisita llena de paquetes de ropa fashion había ganado. Seguramente el oficinista de traje y maletín llegaría tarde a su lugar de trabajo. O no llegaría nunca más, no importaba. No le importaba, concentrado como estaba ahora en protegerse de los murciélagos diurnos. Una bandada agresiva que descendió desde el edificio carcomido hasta las cabezas de los perros mudos.

Ya estaban en la cuadra de su padre. Entró al cyberdrug y compró leche. El muchacho tenía tres o cuatro mordeduras de murciélagos en la frente y la mejilla izquierda. De la nariz algo oscuro le goteaba pero no le dijo nada porque sabía o intuyó que no podría contestarle. Cruzó, pasó las dos tarjetas de seguridad y entró en la casa de Simón el estilista. Subió y lo encontró pedaleando en una bicicleta fija de la que salían unos cables que iban a uno de sus extraños inventos. Un dínamo, dijo Simón, y una vieja batería de auto gasolero.

Se había olvidado de comprar galletitas. Un paquete de rellenas y otro de salvado. Dejó a su padre pedaleando y salió nuevamente a la calle. Sintió calor, mucho calor. Probablemente las idas y venidas, pensó. A mitad de camino,

notó que cientos de comadreja bajaban enloquecidas de los techos y se zambullían empujándose y golpeándose por las bocas de tormenta. Mientras pagaba en el drug sintió un temblor, los vidrios vibraron y algunas golosinas se cayeron de los estantes. La luz titiló. Salió y vio la gran nube azul petróleo, parecía arrastrarse a dos metros de los techos. Pensó en su padre y corrió. Apenas puso un pie en los últimos peldaños, completamente empapado de transpiración, lo tomó su padre de la axila obligándolo a apurarse. Lo urgía, mudo, mientras un crujido gigante inundaba sus oídos. Corrieron por el techo hasta el edificio abandonado, Simón activó una palanca y algo surgió violentamente desde el sótano, saltaron sobre él y fueron arrojados rápidamente en uno de los pisos superiores. Su padre lo condujo hasta una construcción en el centro del edificio, no eran ladrillos sino adoquines. Él no había visitado nunca ese sector. Ayudó a cerrar la pesada puerta (parecía de una gigantesca salamandra) y corrieron todas las trancas. Luego se sentaron en el medio del búnker, en absoluto silencio. Toda la construcción se sacudió. Sim creyó que se le caerían todos los dientes, que de cada pelo salía una chispa y las manos fueron dos manojos de cañas sin articulaciones. Transcurrió, tal vez, media hora. Y luego esperaron otra media hora más para salir.

Afuera todo parecía estar igual, lloviznaba muy suavemente sobre los techos. Pero cuando se dirigieron hacia la casa caminado por cornisas y azoteas vieron la calle. Entonces regresaron al edificio para observar desde el piso más alto. Hasta donde podían distinguir, las calles estaban inundadas de bolas blancas de aproximadamente medio metro de espesor. En algún que otro techo quedaban todavía restos del monstruoso granizo que había arrollado esa parte

de la ciudad. En los últimos años, dijo Simón, hubo aquí y allá fenómenos climáticos extraños y excesivos, pero nunca una granizada así. Las calles parecían troneras de un exótico juego de gigantes. Esa noche tuvo que quedarse a dormir allí, en el galponcito. A la mañana siguiente, a pesar de los 53 grados centígrados, las bolas se habían reducido solamente a la mitad.

Cuando se levantó, Simón no estaba en la pequeña habitación. Sintió ruidos de sogas o algo similar. En la esquina más alejada del techo munido de un monstruoso trípode de maderas, cadenas, latas, estaba su padre juntando granizo. Cantaba. Y el tarareo ritmaba con la flexión de cintura y el movimiento de los brazos que sacaban las esferas heladas del mecanismo y las colocaban en una vieja canaleta recogida vaya a saber dónde. Las bolas corrían hasta una lata enorme con letras borroneadas donde se entreleía *ace...te She...* en rojo y amarillo.

El agua va a ser muy ácida, dijo, pero después le pongo cal.

Y no se oyó más porque empezaron a atronar más sirenas. Alarmas histéricas de autos, frenéticas de viviendas y negocios. Como de costumbre un ulular perpetuo inundaba la ciudad. A veces, como ahora, subían más de tono y se multiplicaban en coros idiotas, pero todos los días, todas las tardes, todas las noches, las mañanas, los fines de semanas, todos los feriados a todas las horas de luz y de sombra, pipiaban chirrirririrí ululáululululí ululáululululíiiii pi oaoaoá para empezar chrrrirririrí ululá de nuevo moooooeebibibiuuuuus.

Quizás por esa discordia sonando siempre, los perros hacía tiempo habían mutado hacia la mudez. No ladraban, emitían a lo sumo un como



quejido como gemido como apretar de dientes tanto para el temor como para la amenaza. Gatos no se veían. Se los había acusado de ser portadores del virus de la gran epidemia que diezmó la población, y fanáticamente fueron exterminados a balazos, con jeringas, venenos o palos.

Se despidió de lejos con un leve movimiento de cabeza y se fue a su departamento donde no lo esperaba nadie. Tras las peripecias de siempre llegó. La cama doble sin hacer y restos de días (ropa tirada sin llevar al lavadero, algunos platos en la máquina sin encender, vasos sucesivos, tazas) lo acompañaron al sillón frente a la pantalla. Comenzaba una película cinco estrellas de las que él prefería. Torre bajando entre árboles multicolores muestra una calle con casas hermosas, niños andando en bicicleta y señores con corbata que descienden de autos nuevos y sonrían a sus descendientes y esposas. “En una ciudad como cualquier otra, con sus hombres trabajando y sus niños jugando y sus esposas sonrientes esperando, un día pasó algo grave. Muy feo...”

Las películas cinco estrellas eran las preferidas del gran público. Reunían suspenso, acción, romance y un mensaje final tranquilizador. Generalmente un grupo de malvados de aspecto extraño raptaba escolares y/o ponía bombas que eran desactivadas sobre la hora por un grupo especial mientras otro grupo no menos especial recuperaba a los niños secuestrados tras capturar, herir o matar a los malos. Finalmente se reencontraban en un abrazo lleno de amor, el jefe del grupo de explosivos con su prometida la jefa del grupo de rescate. En el clímax la escena había ido saltando de la cara de él cortando el cable rojo o el verde, a la de ella esquivando una ráfaga de ametralladora. La

pantalla se dividía en cuatro antes de los títulos y se veía a los novios en uno, padres y niños en otro, ambulancias llevando a agentes heridos y camillas donde se cierran bolsas de enemigos muertos.

Esta tenía de particular que el malvado era un hombre mayor, solitario, un insociable que tenía una conexión ilegal de red, ocupaba una construcción ajena y armaba extraños artefactos que seguramente usaría para destruir. Algo cruzó leve por la memoria de Sim, pero huyó rápidamente casi sin dejarle vestigios. Apenas una zozobra, la imagen borrosa de su padre. Pero la trama torció de rumbo y su evocación también. Ahora, un grupo de estudiosos adolescentes debatían en la clase de moral con una joven profesora que los llamaba por sus nombres y seudónimos mientras tecleaba las preguntas para que se vieran en la gran pantalla a sus espaldas. El tema era la amistad. Si era bueno o era malo contar un secreto que le hubiera confiado el amigo.

Mientras tanto el anciano, vestido todo de negro, revolvía una olla como un brujo y luego volcaba el contenido humeante en unos viejos envases de vidrio.

Después de largas peripecias argumentales (el reencuentro de la profesora con su esposo al que creía muerto en la guerra, difíciles exámenes superados con la ayuda de los amigos, secuestros de niños), los adolescentes descubren la pocilga del anciano y lo arrastran valientemente hasta el cuartel de control más cercano. Allí lo juzgan y en media hora le aplican la inyección convertidora. La escena final muestra de nuevo la calle dulce con sus niños en bicicleta, padres con corbata descendiendo de autos impecables y madres que

esperan sonriendo en el umbral de sus casas alegremente pintadas mientras la cámara trepa por encima de los árboles en flor y se aleja hacia el cielo.

15

Sim duerme hasta que suenan las sirenas ciudadanas del despertar. Toma su agua, ingiere su pastilla y sale a la calle. A media cuadra lo llama un jefe desde el interior de un inmenso local. Es un hombre de mediana edad, alto, delgado, pelado, sin dientes. Sim se coloca el casco amarillo y se ubica en su posición frente a la máquina. Al principio un tanto desorientado, con el correr de las horas se acostumbra a que lo llamen por otro nombre y a la tarea que no recuerda. Desliza los dedos sobre la pantalla y a diez metros, tras el cristal, se mueven las manos robots con sus precisas herramientas ajustando y desajustando, soldando nanopiezas, que luego se deslizan por la cinta hasta ser empacadas, también tras el cristal, en medio de humos densos y luces imposibles. Las voces ya dulces ya imperiosas le indican el ritmo de trabajo, le impiden flaquear, lo seducen con promesas. Cuando parece decaer definitivamente, llega la merienda: Un pastelito diminuto y un vaso de agua que lo ponen de nuevo en ritmo. Así dos, tres días con sus noches. No lo puede precisar porque no hay visión del exterior ni recuerdo. Solamente la mecánica del teclado y la pantalla con la mirada sin parpadeo en los desplazamientos de los robots y el oído isócrono con las voces y las luces.

Fin de la /s jornada/s. Deja el casco en el sector de seguridad, pasa los arcos de control y tras recorrer un largo pasillo blanqueado por las

luzes, asciende por una escalera mecánica y encuentra otro pasillo que lo lleva a la estación del subte. Empujado por la marea humana creciente entra, viaja por varios minutos y desciende en el centro de la ciudad. Levanta la vista para ver el cielo pero se topa, a unos cincuenta metros, con las cúpulas protectoras. Afuera se entrevén resplandores. Camina unas cuadras hasta que su madre lo llama desde un balcón. Se acerca a la puerta del edificio, se abre apenas está a un metro al igual que el ascensor que se cierra tras de él y lo deposita en el tercer piso. La anciana mujer lo abraza, le pregunta por su día de trabajo sin darle tiempo a contestar y lo acompaña hasta un sillón donde lo invita a sentarse. Le enciende la pantalla mientras va en busca de comida. Están dando una película cinco estrellas de las que él prefería. La cámara descendía lentamente entre árboles multicolores hasta depositarse en el centro de un jardín desde donde se veía a un grupo de niños jugando en hamacas y toboganes y calesitas, mientras las madres tejían alegres en los bancos de la plaza y los padres con corbata las saludaban desde sus autos nuevos. Luego se suceden escenas en las que un joven con tatuajes y peinado inusual desoye la voz de un jefe y se dedica a hacer maldades hasta que un grupo de amigos adolescentes decide mostrarle el recto camino. Final con torre que se eleva por encima de árboles florecidos.

Sim está de nuevo en la calle. Lo asalta el recuerdo de un celular sin señal, un molino, un helicóptero y olor a sangre. La imagen de unos niños conectados a la playstation de última generación se le hace vívida. La luz se corta, tras unos segundos la pantalla recobra vida con su propio generador mientras el resto de la pobre habitación rural permanece solamente iluminada por los reflejos de los monstruos de tres dimensiones con que juega el par de hermanos (ella alrededor de ocho y él, cinco) mientras la madre retacona sigue planchando y el padre le dice, Vamos. No mire, no hable.

Debería ir al periódico y ver a un hombre gordo, pero no recuerda la dirección. Solo que la secretaria se llama Mirta.

Camina dejándose llevar. Cruza una plaza donde un grupo de seis ancianos descuartizan un perro mudo. La avenida lo marea con su olor podrido que fluye de cordón a cordón. En un cyberdrug compra galletitas de salvado y una leche. Cruza, mete la mano en su bolsillo y extrae dos tarjetas de seguridad con las que abre un portón de negocio. Hay una escalera, sube. Arriba lo saluda un hombre mayor. Se llama Simón, es su padre. Ahora se da cuenta. Simón dice que Helena murió porque el doctor Balbín se equivocó con la medicación. Simón se le acerca observándolo detenidamente. Le toca la mejilla, lo obliga con un gesto a sentarse en el interior del galponcito casa, con unos instrumentos ínfimos le extrae algo. Se lo muestra, parece un pequeñísimo dardo de vidrio o gelatina. Extrae agua de un gran bidón (conectado a un caño que tiene un botellón de vidrio con cables y proviene de un enorme tanque con la leyenda semiborrada en rojo y amarillo). Sim bebe y se siente mejor. Me quedo

con el microchip, dice Simón padre, para algo me va a servir. Cenamos un pollito, le pregunta/afirma. Busco un par de tomates y un pimiento del invernadero. La albahaca está muy sabrosa. Tengo lechuga manteca.

En un rincón del techo, cubierta por una lona hay una rueda de bicicleta con su asiento y sus pedales y un par de cables. Simón el estilita pedalea un rato, luego conecta la batería a su laptop, la enciende, despliega una antena con forma de flanera (tal vez una flanera) y le lee. Me dicen que hubo un accidente gigantesco en la ruta dos. Murieron cientos de personas, cayó un helicóptero, chocaron muchos autos, móviles policiales, ambulancias, micros, camiones. Pero los informativos no dicen nada porque... no sé si ocultan o se olvidan o... ya no entiendo. Es hora de que sepas que tu madre murió por culpa del médico. El doctor Balbín. Ayer o hace un mes, o tal vez todos estos días, hubo explosiones allá arriba. Muy cerca del edificio en construcción. Busca en un estante y le muestra un resto metálico con aspecto de enorme cuchillo. Es un pedazo aceroplástico de hélice. Vi un avión antiguo, casi te diría que casero, que chocó con un helicóptero de control. Tampoco salió nada en los noticieros, pero a mí me avisaron por la subred (señala la laptop). Subieron al tercer piso, sector parrilla, donde rápidamente comenzaron a arder trozos de madera prolijamente cortados provenientes de los techos que su padre recorría en excursiones que a menudo le llevaban todo el día. Cierta vez desapareció por media semana, de calle en calle, cruzando por tablonos o con aparejos de su invención. Volvió provisto de una bolsa llena de microchips, placas, lectoras, dos viejísimos modems; y su cabeza abarrotada de noticias y observaciones sorprendentes. Había llegado hasta el límite infranqueable de la ciudad, donde las casas

abandonadas yacen en ruinas tras las furibundas demoliciones higiénicas post epidemia. Tenía fotos y videos. Pero lo más espeluznante era el sonido. Un silencio ronco que salía de paredes agrietadas, un vibrar subsónico que hacía doler los oídos. Simón decía que habían instalado expulsores sonoros como aquellos que se usaban contra ratas y murciélagos. Más poderosos. Impedían que cualquiera que superara el terror y quisiera adentrarse o escapar por las ruinas, fuera repelido violentamente por la magia de músicas inaudibles. Pero ahora, para equilibrar tanta tragedia, un pollito casero rodeado de cebollas, pimientos, una berenjena cortada al medio y una papa en fetas, condimentaba el aire e invitaba a la felicidad. Tomaron una copa del vino que hacía Simón, áspero y dulce, lleno de espuma, y por una hora el mundo exterior se retiró hacia sus penumbras. Padre e hijo en torno a la mesa para beber y comer.

Dios está borracho, dijo Simón con el vaso en alto. Por eso todo está patas para arriba. Probó la ensalada y probó un bocado de pollo. A todo le falta sal, me olvidé la sal, no tengo más sal.

Entre todo lo que producía Simón faltaban cosas indispensables que no había logrado reemplazar. Sim salió a la calle. Cruzó hacia el cyberdrug donde un muchacho con un ojo vaciado tardó en darle el vuelto. Se puso el pequeño paquete de sal en el bolsillo, esquivó como pudo al joven que intentaba acertarle a la puerta luchando contra sus espasmódicos quiebres de cintura y aleteo de brazos. Y por la maniobra estuvo a punto de caer por la boca del subte 21. Descendió con inusual agilidad a pesar de los murciélagos rasantes y los cuerpos dormidos o muertos en cada rellano. De las tres líneas que se cruzaban frenéticas eligió mecánicamente la más cercana. Anduvo semidormido una

media hora, un poco mirando la nada y otro tanto sin pensar. Sonó una señal y bajaron muchos. Norte indicaba una flecha hacia la izquierda del pasillo. Sur, a la derecha. Siguió a la multitud, ascendió. Caminó entre cuerpos yacentes y vendedores variados. Papá, dijo un nene de unos ocho años y le tomó la mano. Inmediatamente se acercó la mujer. Compré sal, dijo Sim. Atravesaron un puente. La casa era un pequeño chalecito mal cuidado, los pastos crecidos, ventanas rotas tapadas con algún cartón. La comida ya está. Faltaba ponerle sal. Comieron. Todo tenía gusto a rancio, a húmedo. Los olores de la casa se venían encima. Sim recordó un celular sin señal y un molino roto. La mujer comenzó a calentar una enorme plancha sobre una estufa a leña que llenó de humo la habitación mitad cocina mitad dormitorio. Se cortó la luz. El niño jugaba con su playstation autogenerada. Sim recordó ahora a alguien caminando por un techo, llamándolo. Le pareció que la voz del anciano, porque era voz de anciano, procedía de la calle. Salió pese a los gritos de la mujer, cruzó. El calor era insoportable, más de cincuenta grados. Una semana antes quizás habría nevado. El taxi lo dejó en la plaza. Caminó por ella. Seis hombres de más de setenta años apaleaban a una parejita de adolescentes semidesnudos sorprendidos revolcándose en la fuente seca. El olor de las cloacas rotas inundaba la calle. Un niño con la boca sangrando, dos señores de traje, una mujer pelada jugaban un partido de topetazos múltiple contra dos adolescentes (a una le faltaba el brazo izquierdo), un gordo oligofrénico y una petisa colorada que lucía una corona y un cinturón de campeón de algo.



Los ruidos de la huesos chocando resonaban a pesar del tráfico y las sirenas. Vivas, oles y fueras de los espectadores apostadores no lograban tapar el fragor de los impactos.

Llegó al portón, pasó las dos tarjetas de seguridad, y antes de llegar al galponcito habitación, vio allá a lo lejos, en el tercer piso, sector parrilla, a Simón su padre colgado del cuello, ahorcado, muerto, pendiendo de un cable de los que antes se usaban para las líneas telefónicas.

## PARTE DOS

1

Me empezó como una molestia acá atrás al sentarme. Un bulto.

Al final de un largo pasillo estaba la puerta. La placa, igual a la del frente, decía el nombre y debajo solamente Doctor. En realidad es doctora pero quería no llamar la atención. Cuando la gran epidemia de gripe que diezmó a la población, se acusó a los psicólogos y psiquiatras de no haber previsto lo que se vendría. Por eso ahora no había terapeutas. Celina es una mujer mayor, muy encorvada y fumadora. Con algo de bruja simpática. Tiene dos perros, uno tan torpe y viejo como ella, parece un antiguo amante o marido que acomodó sus quejas y rutinas bajo la mesita donde están las revistas de famosos y paisajes. Celina es médica y psiquiatra, pero esto último no lo dice directamente nunca. Poco a poco va llevando sus casos clínicos hacia otros rincones interiores. Da la impresión de ir sondeando al paciente, y al menor respingo o sospecha, ella se retrae y se esconde en la medicina aceptada.

En la cuadra cercana a la plaza maloliente hay una pequeña puerta de metal con una mancha que alguna vez habrá sido de antióxido. El picaporte gira loco, nunca le echan llave porque es imposible encajar ya la placa descuajeringada que fuera una puerta en el marco hinchado por la humedad de los pilares. Desde el frente parece la entrada a un lote vacío. A un lado, mohosa, enverdecida, hay una placa de metal ilegible. Por el largo pasillo, unos treinta

metros, se accede a otra puerta que no se ve desde el frente, en la que casi sin esfuerzo puede leerse C. N. arriba y Doctor, abajo. La C es de Celina.

La sala de entrada es oscura, sin ventanas, apenas iluminada por un velador que titila como un faro sobre un mueble de madera enchapada. Dos sillones, una mesa y algunos libros. No tiene a la vista ni camilla ni aparatos para la presión o similar. Abre un cajón del mueble y saca un estetoscopio. Lo usa y lo guarda.

El bulto empezó como una molestia cuando me ponía el pantalón. Luego empezó a apretarse contra la silla. Pero no me veo nada en el espejo.

## 2

Sonaron las fanfarrias y cayeron exactamente sincronizadas las nubes de papel picado mientras los competidores entraban por ambos lados al campo. Sobre la mesa solamente latas de alcohol y la caja de pizza de anchoas (un poco quemada abajo). Los pies descalzos sobre el otro extremo del sillón no tapan la visión de la pantalla. En la calle, allá afuera y abajo, parece haber silencio. Apenas unos apurones de rezagados que no se perderán la final regional.

Ocho competidores se toparán hasta que quede uno solo en pie. Cuatro contra cuatro, luego dos contra dos, y paralizando los corazones de todos

los habitantes, la final. Uno o una contra una o uno. Al pie de la pantalla se exhiben los teléfonos para apostar, laten entre anuncio y anuncio, en un banner que no puede dejar de llamar la atención. Tanto como la competencia.

Ya se retiran los niños integrantes del coro, seguidos por las fanfarrias que se ubican en una de las cabeceras del estadio. La alfombra está lista, preparados los jueces, boquiabiertos y aullando todos los presentes. Se ubican cuatro contra cuatro, una rodilla en tierra, cinco metros exactos los separan hasta que suenan los cuernos y timbales dando la señal. Y ya se topan. Casi al unísono suenan las cabezas, cuatro quedan tendidos en el medio del círculo central, y otros cuatro son semifinalistas.

Hay un intermedio. Retiran a los caídos. Durante los quince minutos de espera se suceden los análisis, las repeticiones, y las apuestas trepan.

La pizza de anchoas se acaba pero sería inútil pedir otra. No hay nadie en la calle, los comercios cerraron antes, ni los transportes funcionan.

Pese a las emociones fuertes ni por un instante se pasa la molestia allá atrás, entre la cintura y el orificio, en pleno huesito dulce.

Apenas entran los cuatro semifinalistas (el gordo de rojo, la petisa colorada, un flaco alto huesudo y cabezón y el favorito cogote de toro), se corta la luz. En la ventana que da al balcón también se producen cambios. El edificio de enfrente queda sin ojos y en la calle, las enormes pantallas también están ciegas. Un caos de ruidos, gritos y murmullos inunda el barrio y seguramente toda la región. El celular queda sin señal.

Ya afuera, abajo, el dolor de atrás se acrecienta. Un olor a café o coliflor (tal vez azufre) se adueña del aire irrespirable. De todas las puertas y ventanas se asoman caras atónitas y bocas agresivas.

En alguna central un operario movió la palanca equivocada. Durante seis días no hay luz.

### 3

Me molesta mucho.

La vieja doctora encorvada que vive al final de un pasillo, lo palpa, lo mira. Es un sobrehueso, como un rabo.

Sale, cruza la plaza en otra dirección, llega a un portón y con unas tarjetas de seguridad abre, entra y sube. Recuerda algo: un molino, la luz del celular en medio de la noche, monstruos 3D, alguien ahorcado de un cable. Un nombre parecido al suyo.

Ya en el tercer piso del edificio en construcción recuerda el lugar exacto de donde pendía un cuerpo familiar. Revisa detenidamente, sube y baja escaleras, vuelve a la misma planta, al mismo sector. Junto a la parrilla, arriba hay un resto de cable negro, doble que le produce un fogonazo en su memoria, un flash de foto de su padre muerto allí.

Trata de no respirar, aguanta el aire como si de esa manera lograra mantener la imagen. Vuelve al techo, al galponcito habitación y detrás de una extraña máquina mezcla de ventilador y cafetera, envuelta en papeles y bolsas de nylon, descubre la luz titilante de la laptop. Ya no puede sostener boca

y nariz cerradas e inhala con desesperación. Abre la tapa con ineptitud. Es un objeto reverencial que nunca supo manejar. Alguien, ¿su padre?, solía usarlo. En medio de la pantalla asoma un signo de admiración inserto en un círculo rojo. Alerta, dice el cartel alarmante. Y luego se desdibujan las letras como lluvia y aparecen fantasmales otras que le avisan: “¡Cuidado Simón! Ya están llegando.”

Entonces recuerda su propio nombre y el nombre de su padre, Simón el estilista. Recuerda un pollo dorándose en la parrilla, recuerda a su padre trepándose a una escalerita precaria para engancharse de un cable y clavarle la punta a su laptop. Es para confundirlos, recuerda que dijo.

Quizás a causa de su turbación, roza el teclado y nuevos colores se encienden con ventanas que crecen. Algunas tienen textos, otras fotos o videos. Con temor pasa su dedo por encima de una luz y ve cómo camina su padre por la pantalla, a lo lejos, trepando hacia el segundo piso. En primer plano, ahora, se ve una nuca que se aleja hacia el edificio en construcción, y luego varios cuerpos (seis o siete) de niños grandes o jóvenes pequeños que corren hacia las escaleras. Los desaforados aferran y arrastran a Simón hasta el tercer piso, le pasan un cable por el cuello y lo suspenden. El cuerpo se sacude espasmódico con un ritmo decreciente. Los espasmos se van haciendo más separados en el tiempo y más violentos hasta que solamente queda un vaivén de péndulo con hombre muerto. La ventana multicolor se cierra sola. Sin ningún sonido. Y él, Sim, cierra a su vez la tapa como anulando la tragedia. Al hacerlo, la tabla de la mesa se levanta levemente inclinándose hacia atrás. La computadora se desplaza sin ayuda hacia el fondo, cae blandamente sobre unos

papeles y una bolsa que la esconde en el mismo lugar oscuro donde él la encontrara media hora antes.

4

En la plaza una decena de mujeres desnudas, pintados sus cuerpos o teñidos de sangre, perfectamente peinadas aunque descalzas y con las uñas sucias de algo entre negro y verde (un asfalto, un plástico derretido tal vez), aúllan multiorgásmicas o multihistéricas mostrando dientes amarillos o encías amarillas. Saltan ahora sobre una pareja que intenta entrechuparse bajo el árbol seco y carcomido, les arrancan las ropas con las uñas sucias de algo entre verde y negro, con los dientes y las encías amarillentas, y gritando y mordiendo ríen lloran gimen acaban, mientras apoyados contra el respaldo de un largo banco seis ancianos se masturban en competencia.

Sim llega a la otra esquina. Arriba hay un resplandor y llueven esquirlas. Un violento zumbido atruena la caída de un enorme avión contra el piso medio de un edificio del centro. Por las ventanas vuelan cuerpos que no terminan de caer. Entra a un cyberdrug y compra galletitas rellenas de chocolate y pedacitos de algo que parece fruta. Ya la primera le tiñe los labios de negro. Y luego, con cada una que traga, un nuevo color incendia su boca y su lengua. Algunos gritan, los bomberos chocan contra las ambulancias. Los gendarmes disparan al aire. Se produce una estampida de perros mudos perseguidos o

perseguidores de murciélagos diurnos. Todos mezclados en dos huidas que son la misma. Vuelve la luz a las ventanas y se apaga de nuevo a los diez minutos.

Llega, no sabe cómo, por qué, al fondo de un pasillo mientras recuerda un molino, un cuerno y un taxi en la avenida cuarenta y cuatro. Mágicamente se abre la puerta y aparece una anciana simpática, encorvada, con un cigarrillo consumido como ella.

Como no podían decir las verdaderas causas de la epidemia, nos acusaron a los terapeutas. Hubo una persecución no declarada, peor, que consistió en el descrédito, las historias tenebrosas de psicólogos asesinos y psiquiatras abusadores, la instalación de mitos. Nuevos mitos. Mitos de discriminación y miedo. No como los viejos mitos que enseñaban. Se creó otra inquisición. Yo me salvé gracias a la subred. Luego vino la plaga de la desmemoria, que diezmó a la población peor que la epidemia de gripe. O fueron juntas. Ya no lo recuerdo. Quizás fueran lo mismo. Hay ciertas cosas que solo retengo porque están escritas.

## 5

En el edificio que está a dos cuadras del suyo hay un enorme avión clavado en un piso alto. Llueve polvo y cenizas. Se oyen tiros, sirenas y entrechocar de fierros. Pasan camiones cargados de gente con banderas que vuelven del estadio. La competencia se suspendió alguna vez por falta de luz y desde entonces grupos innumerables de fanáticos cantan a favor y en contra de



los semifinalistas. En cada esquina se arma alguna pequeña apuesta entre personas de paso que despuntan el vicio topándose hasta el desmayo y el triunfo.

Agitado por subir por la escalera llega a su departamento. El teléfono no anda, la pantalla tampoco. Solamente el celular. Pide una pizza de anchoas. Se baña con agua fría, apenas un chorrillo que no llega a poner en funcionamiento el calefón. Envuelto en la toalla se tira sobre la cama. Pasa una hora, le traen las empanadas de atún. Después de bajar y subir todos esos pisos queda sin aire. Devora la comida y se echa sobre la cama mientras por la ventana entra bruscamente una luz amarillenta de nuevo día. Duerme. Lo despierta el ruido violento de todos los aparatos eléctricos del planeta volviendo a funcionar. En la pantalla dan una película cinco estrellas.

La cámara baja entre árboles coloridos y pájarillos cantores y toma una vereda por la que circulan madres con niños en cochecitos, en los brazos o caminando a su lado. Todos sonríen con sus mejillas rosadas. El cielo es azul con algunas nubes Windows y sol de póster. Bruscamente aparece un joven con la cara llena de granos purulentos y toma a una embarazada por el cuello amenazándola con un enorme cuchillo. La película se interrumpe por el informativo que avisa sobre el nuevo horario para la final de tope. Vuelve la película.

El cuerpo le pica, especialmente en las axilas, entre los dedos de los pies y atrás de las orejas. Simón había dicho que era mejor bañarse con agua filtrada. Ahora recuerda enormes pelotas de granizo metidas en un tanque de metal lleno de cañerías y coladores.

Repentinamente tiene náuseas. Una puntada insoportable se le mete por un costado, apenas arriba de la cintura, del lado derecho. Corre al baño pero no vomita, solamente unas horribles arcadas. Empieza a sudar, le tiemblan las manos. La pierna derecha primero parece electrizada y luego se pone rígida. Le duele el pelo, el cuero cabelludo. Un olor fétido atraviesa paredes y cerramientos, vulnera la intimidad de la habitación, perfora sus poros y todos sus demás orificios. Es una oleada. Afuera el cielo ha cambiado de coloración. Como pez sin agua sale con desesperación, con toda la boca abierta, a la ventana. Los árboles secos cortan la lluvia repentina. Las gotas al llegar al suelo, al golpear contra el balcón y los vidrios, no hacen el ruido de siempre. Parecen hervir de golpe, explotar contra el calor ardiente de las superficies. Y repentinamente cesa la lluvia y sale un sol asesino.

Recuerda a su padre. Tendría que ir a visitarlo. El ascensor baja con un chirrido de metal contra metal y olor a fierro caliente. Penosamente arranca tras detenerse cada metro. A veces coincide con un piso. En el hall hay un hombre caído. Está hinchado. Alguien intenta asistirlo. La puerta principal no tiene picaporte y el vidrio está rajado completamente. Un grupo de aves carroñeras se disputan los restos de un caballo. En la esquina, empleados municipales, queman la basura. Entonces cruza. Atraviesa la plaza. Seis o siete ancianos están rociando con brea a una joven. Una mujer bajita y con el pelo rojizo yace junto al cordón, inconciente o muerta, tras haber perdido un desafío de topetazos. Fue hace instantes porque los apostadores en retirada están a pocos metros contando o lamentando la pérdida de su dinero.

Se detiene para rascarse. La ropa desprende electricidad. Una riada de agua turbia inunda repentinamente las calles. Los desagües están tapados. Comienzan a flotar desechos y soretes. Se le mojan los pantalones hasta la rodilla. Es difícil caminar. El canal se hace más raudo y violento. Se apoya contra un auto abandonado. Le duele ahora el sobrehueso de la espalda e intenta pasarse la mano. Encuentra las tarjetas de seguridad en el bolsillo trasero del pantalón y abre la portezuela de una cortina metálica. Entra en una habitación cerrada que continúa hacia arriba. Sube por las escaleras y llega al galponcito vivienda. Hay unas máquinas raras. Recuerda a Simón, su padre, el estilista. Pero no lo ve. Camina por el techo hasta el edificio abandonado y recorre casi todos sus pisos. Se demora en el sector parrilla porque le parece oír los pasos de su padre bajando las escaleras con un pollo listo para asar.

Mira hacia la calle donde el torrente se ha hecho indoblegable. Aguas oscuras cargadas de restos rebotan contra las paredes a la altura de las ventanas de las plantas bajas. Distintas personas (dos jóvenes, una anciana, tres o cuatro apostadores) son arrastrados y golpeados contra árboles fósiles y columnas metálicas de iluminación. Ninguno parece seguir con vida.

De los edificios cercanos comienza a chorrearse parte de la pintura. A pesar de la penumbra se distinguen manchas de colores, como coágulos, en el canal. Algunos cuerpos se han teñido de verde, otros de azul, también de rojo, muchos de amarillo. Y brillan contra el marrón negro de las aguas bailando.

A lo lejos, hasta donde alcanza a ver, las calles son canales. Hay esquinas donde se empiezan a apilar los autos y otros transportes. Golpeando con un ruido apenas mitigado por la distancia.

Sim sube hasta el último piso del edificio abandonado. El horizonte es todo de agua turbia. Y el sol comienza a ponerse como una medalla que cae al barro. Desciende y vuelve al galponcito. La laptop se enciende, se activa la mesa y la deposita ante su vista.

Pero en el cielo bajo ronronean aviones de los que se desprenden cuerpos. En medio del riacho se estrella alguien con la cabeza encapuchada y las manos atadas a la espalda. Pasa a escasos cinco metros de donde él está. Algo enorme, deforme rodea los pies y dirige rectilínea la caída a pesar de los movimientos convulsos. La resistencia es infructuosa claramente. El proyectil humano desaparece bajo la turbieza del agua. El avión retoma altura y se escapa entre los nubarrones. Aquí y allá pueden distinguirse ahora que son otros cuerpos esos objetos distantes que se van precipitando con movimientos de embolsados en los distintos canales de la ciudad anegada. Pasan los minutos y más aviones –o los mismos- regresan con nueva carga. De algunos entretechos salen bandadas de aves carroñeras que vanamente intentan abalanzarse sobre los cuerpos. Un ruido gutural de succión y tripa se hace dueño de la situación. En algunas bocacalles se han formado violentos torbellinos, agujeros negros, que comienzan a devorar las aguas y todo lo que acarrear. En cuestión de minutos desaparece la inundación. Las calles están llenas de mugre, manchadas de pinturas aceitosas, pegoteadas las paredes hasta dos metros de

altura con un friso de pasto, estiércol, sangre. Las tuberías se han llevado hasta los cuerpos. Solamente cascos de vehículos se apilan en las bajadas del agua.

La laptop vuelve a piar y se ilumina la pantalla. Una sucesión de video, detención en fotos y más video muestra cómo cae una gigantesca estructura metálica, la torre Eiffel dice el subtítulo, levantando polvo. Las imágenes son silenciosas. Luego, un continuo de puentes que se desmoronan en distintas ciudades. La acumulación de catástrofes impide leer dónde ocurren u ocurrieron. La pantalla se oscurece, se apaga, cierra su tapa y se retira al escondite de diarios y bolsas en el rinconcito del galpón dormitorio.

Durante el período en que los aviones multicolores arrojaron los cuerpos, en algunas ventanas vecinos sonrientes habían puesto banderas. Pero él quería no recordar. Había intentado olvidarlo todo el tiempo, infructuosamente. Ahora la memoria solo se activa en raras oleadas que le dejan la resaca de una señal de celular, un molino cayendo junto con el helicóptero, en el campo un oscurecimiento y la luz restallante del juego monstruoso. Y nada más. Ahora una horca y un cuerpo, que le resulta familiar, pendiendo, pendulando lejos como un jamón en el techo de un boliche; mudo, sin latir, allá arriba en el edificio desolado que no será nunca grupo de viviendas.

Hay un pitido y la computadora portátil, como una boca, se abre y le dice: Simón, cuidado con las jaurías. Lo repite la voz, tres veces, y luego se esfuma y aparece un video mudo tomado de muy lejos (el zoom se va acercando hasta casi perder la nitidez de los cuerpos) y un grupo de adolescentes armados de ballestas y bates de vidrio entran en una casa extraña, fuerzan la puerta, saltan de dos en tres los escalones y persiguen a un viejo hasta una piso vacío

de obra en construcción. Lo rodean –algo retumba en la memoria de Sim-, le ciñen un cable o soga al cuello y lo cuelgan de una viga donde queda latiendo convulsivo por unos segundos. Los jóvenes se van por donde vinieron.

Él, en cambio, decide quedarse. En un instante de inspiración baja y tranca con una barra ad hoc la puerta que da a la calle. Hace lo mismo con la puertita metálica por la que llega la escalera. Se sienta a mirar el interior del galponcito habitación y recuerda que una perilla bajo la mesada enciende la alarma y electrifica la escalera de acceso. Con decisión inusual despliega la laptop y mira tontamente la pantalla como si fuera a brindarle espontáneamente una película cinco estrellas.

6

Hay un pequeño impreso. Lo hojea y lee algunos párrafos con dificultad.

Octavo: energías alternativas... apuntar el panel hacia el sol... cien en el indicador del monociclo equivale a media hora de electricidad... y así. Vuelve las páginas.

Tercero: todo está en la subred... la pc se activa solamente ante dos personas, así lo configuré...

Simón padre anotó cómo criar un pollo, cosechar verduras, generar electricidad, colgarse de la red, confundir los controles... Son apuntes

amontonados con el correr de la inspiración o la esporádica lucidez. Se llama Manual y está colgado de un gancho junto al retrete.

Una espesa neblina brillante va inundando los techos. Se hace más difícil respirar y a Sim le pican las manos, los dedos de los pies, las axilas y detrás de las orejas. Cierra defensivamente la puerta del galponcito y se echa a dormir. Afuera, el aire feroz roe las paredes.

## 7

Manual es prácticamente invisible. Solamente se leen carteles que además van precedidos de una clara señal gráfica.

Se agarra al pollo por el cuello y se lo revolea como ventilador. En una olla grande de agua hirviendo se sumerge para arrancarle una a una las plumas. La cabeza y las vísceras no se comen.

Colocar los restos crudos y cocidos en el recipiente verde para generar combustible líquido. Sirve para lubricar, pintar, protege de la humedad y corrosión.

Ante sus ojos la pantalla silba suave. Desde el fondo emerge un cartel que dice: ¿Simón? Pero Simón padre no está, está Sim. Sim no sabe responder.

Ha tenido sueños. Con frascos, bicicletas, un avión y un pollo. La puerta ha dejado de estar incandescente. La abre y sale al techo. En el cielo ya no hay nada, solamente una luz teñida de destellos color musgo. Baja la escalera, saca las trancas y sale.

Cerca de la plaza inmunda hay un largo pasillo que parece abandonado. Tras una puerta ruinoso lo espera una mujer anciana. No es su madre. Helena. Celina fuma toda encorvada con ojos disimulados. Dos perros la acompañan conformando una tríada de deidades antiquísimas. Le cuenta que le salió algo molesto atrás en la espalda casi traste, que no le duele, que es incómodo para sentarse. Le cuenta que soñó con pollos y frascos y con aviones desde los que arrojaban personas encapuchadas y con un cubo rígido en torno a las piernas.

Eso fue muchos años antes que la epidemia de gripe y la desmemoria, dice Celina. Se pone de pie apoyándose apenas, con cierta coquetería, en el brazo de madera del sillón. Vuelve con otro cigarrillo en la boca y una laptop. La enciende y se sienta junto a él en el sillón largo, con la pantalla a la vista de ambos. Hay una sucesión dolorosa de imágenes. Cadáveres amontonados, mazmorras con embarazadas encadenadas. Uniformes oscuros desfilando bajo un techo de aviones. Instrumentos de tortura. Mutilados. Cierra la



tapa, se pone de pie, la guarda en un falso cajón de la mesa y vuelve a su sillón. Después vino algo peor que la violencia, el olvido.

9

El helado está horrible. Se confundieron de gustos o los mezclaron. Por suerte la película cinco estrellas está buena. Ya estaban por cazar al malo. La cámara aérea mostraba desde una esquina cómo se iba a encontrar el insociable con los agentes cuando un flash, un resplandor que le vino de adentro de su misma cabeza, lo llevó a otra escena. Él está intentando andar en bicicleta. Su padre lo sostiene del asiento y corre a su lado. Su madre aplaude dando unos pequeños saltitos de alegría. Pero vuelve la película y la esquina aleccionadora. Los agentes golpean al malvado con la aprobación de quienes los empiezan a rodear y piden más y más. Vuelve la bicicleta. Vuelve a irse. Vuelve a aparecer. Es difícil recordar. La grúa baja con la cámara entre los árboles florecidos mientras en la ciudad impecable los niños pueden jugar otra vez tranquilos en las veredas relucientes porque el malo ha sido capturado y reinan la paz y el orden.

10

Ahora al final del ruinoso pasillo, tras la puerta está la vieja mutilada. Tiene quemaduras de cigarrillo en el cuello, los brazos desnudos, las piernas con várices. Le han cortado varios dedos, una oreja. Sangre seca en torno a los ojos vacíos que fueron cegados. Una cuerda rodea su cuello y la

mantiene a veinte centímetros del suelo. Debajo yacen ambos perros, tampoco están vivos.

La laptop de Celina lo llama desde el falso cajón. La toma y mecánicamente huye. La esconde sin saber por qué bajo la campera raída. Pasa el cinto por el cuello y la deja caer hacia atrás como mochila, como leve joroba plana. Abandona el olor a muerto, a cadáver de varios días, y recorre atontado el largo pasillo lleno de verdín, baldosas rotas, paredes descascaradas.

La vieja muerta le viene a la memoria con cara de viejo ahorcado. Simón Celina. Celina pendiendo de un cable junto a la parrilla. Simón flotando inerte sobre los perros que huelen a lana mojada, a carne pasada.

Cruza la plaza con temor. Algo le ocurre. Nada parece haber cambiado allí. Ni el olor, ni la mugre, ni los seis o siete viejos, ni las parejitas. Pero siente miedo y apura el paso. Voltea dos o tres veces la cabeza y siente pegada a su espalda una mezcla de temblor y certeza.

En la mesita de su departamento deja la computadora y con gesto reverencial la observa sin saber por dónde mirarla. Las manos la rozan con timidez, con inseguridad de neófito asustado. Pero el artefacto es amable, enciende una luz titilante y con un tric imperceptible desliza la tapa y exhibe la pantalla. La cara de Celina está en primer plano hablándole.

11

Manual dice: para potabilizar el agua estar atento a las lluvias. Recoger en el tanque y echar una medida de polvo blanco para mejorar el ph. Revolver y esperar. Después se abre el grifo amarillo y se va filtrando sola.

12

Una vieja con ojos pícaros lo mira desde la pantalla. No es una película cinco estrellas. La vieja da una pitada al cigarrillo. Después de la gran epidemia de gripe, dice, nos echaron la culpa a los terapeutas. Pero en realidad todo se originó por el estado del agua. Otros de la subred opinan que hubo un gigantesco atentado. Otros que la contaminación es general. No solamente el agua sino también el aire, la radiación solar que no se frena en la atmósfera, el efecto invernadero. Los conservantes, los colorantes, los estimulantes, todos los químicos de los alimentos, la ropa, los jabones. La radiación de los electrodomésticos y de las pantallas y celulares. Las pinturas, los combustibles, los medicamentos. El efecto menos perceptible fue sobre la memoria. En la piel es fácil notar, dice la cara de la vieja que fuma, las alergias, manchas, ardores, prurito, eccemas. Pero la desmemoria es su propia barrera.

El piso tiembla. Hay un ruido lejano de vidrios rotos. Afuera, allá abajo, se ven unas casas sin techo y personas mirando al cielo. En la calle, una grieta respira vapor. La luz titila. Se va, vuelve con menor intensidad. Se oyen graznidos y pasa una interminable bandada de murciélagos diurnos.

Ahora Sim recuerda un largo pasillo abandonado. Un molino contra las aspas de un helicóptero. Una mujer encorvada acariciando dos perros. Un hombre convulso ahorcándose de un cable junto a una parrilla. Como fuegos artificiales le explotan a metros de su cabeza, cegándolo, miles de recuerdos inconexos. Helena sonrío. Un hombre gordo, en una oficina le entrega dinero a cambio de un papel. Un casco amarillo y un billete de cincuenta que no es de él, lleva extrañado en sus manos mientras sube en ascensor. Una joven le dice te amo. Los ojos de ella son mieles y él se ve a sí mismo en la miel sonriendo empalagado. El twister de su cabeza tiene un ojo misterioso donde sobrevuelan, van, vienen, vuelven a pasar, los mismos relámpagos con caras de seres que había olvidado, con momentos que fueron alejándose lentos hasta perderse por la curvatura de la tierra. Un gigantesco remolino con epicentro en ningún lado, o tal vez en un sitio que no puede precisar, le remueve del barro de sus olvidos, figuras, palabras, movimientos que se limpian y brillan a medida que él logra focalizarlos. Aquí está Simón su padre, Simón autodenominado el estilista porque leyó allí en su vivienda arriba del techo, que hubo alguna vez un raro santo que pasó la mayor parte de su vida arriba de una columna, lejos del mundo, cerca de su fe. Aquí está también Helena, su madre, enseñándole a leer de niño y leyéndole cuando él es grande. Un nuevo resplandor, pero ahora afuera de sí mismo, explota con las imágenes de una película cinco estrellas en la que una cámara toma desde veinte metros una calle de una ciudad. Comienza a bajar con las ramas de los árboles brotadas de hojas y frutos hasta una vereda impecable donde un grupo de niños sonrientes juegan a arrojar una pelota de colores. Corte. Un padre de uniforme acaricia a su bebé y besa a su esposa,

suenan un teléfono y dice el deber me llama. Corte. En un sótano el padre de uniforme titubea entre cortar el cable azul o el cable rojo de una bomba. Pide que desalojen el edificio pero su mejor amigo se niega y se queda con él después de dar la orden a sus subordinados. El padre de uniforme duda, está a punto de cortar el cable rojo, piensa en su esposa y su bebé. El bebé tiene un babero azul. Corta el azul. Todos se salvan. Corte. El padre de uniforme y su amigo corren ahora por la calle de los niños que juegan con la pelota de colores a una vieja horrible, encorvada, fumadora, armada con un revólver gigante y escoltada por dos mastines horrendos. Cercan a la vieja horrible y ella se escuda tras el cuerpo de los niños que juegan con la pelota de colores. Le ha puesto el caño en la sien a uno de ellos. El padre de uniforme deja su arma en el suelo y se encamina, con los brazos abiertos en cruz, a la bruja horrible. Le habla, no le dispare al niño dispáreme a mí. La vieja mugrienta le apunta, hay un estampido, la música de la película se silencia, sólo se oye el estampido y una especie de zumbido de la bala que impacta contra el pecho del padre de uniforme arrojándolo violentamente contra la cerca de un jardín lleno de flores. El amigo aprovecha el descuido de la vieja y se arroja sobre ella. Luego, mientras el herido se recupera, la música va in crescendo, el amigo golpea justiciero a la vieja con vistosas patadas voladoras y cabriolas increíbles. De las casas comienzan a salir los ciudadanos. Uno de ellos, tímidamente aplaude, y poco a poco todos los presentes festejan con un sonoro batir de palmas mientras el amigo hace justicia y los médicos salvan al padre de uniforme. Corte. Están saliendo del hospital, la esposa, el amigo y el padre con el bebé en brazos mientras la cámara comienza a subir y toma la calle desde arriba de los árboles.

Nadie grita avisando y el chorro arrojado desde algún balcón alto cae maloliente a pocos metros. Sim camina todavía más cerca de la pared. Una mujer horrible, llena de pústulas, vestida con harapos multicolores se le ofrece a cambio de comida. Dobla para esquivarla, cruza, sigue en otra dirección. No es el recorrido habitual. Está caminando en sentido contrario a la plaza. Las esquinas extrañas le traen fulgores de recuerdos. La sucesión de puertas de un galpón cerrado se convierte a su vista en aquel teatro donde escuchara la conferencia de Jotapé antes de hacerle el reportaje. Jotapé, el filósofo noctámbulo, había dicho –ahora lo evoca con absoluta claridad-: *El pueblo es un reverendo pelotudo. Hay un sujeto absoluto, nuevo, en la filosofía, que es el poder comunicacional del imperio, que baja línea para tener idiotizada a la gente.* El Gordo primero estuvo contentísimo porque creyó que habría un escándalo y que se venderían muchos ejemplares del diario a causa de las declaraciones y desmentidas. Pero nada de eso ocurrió. Solamente una llamada de un anunciante poderoso amenazándolo al Gordo con retirar sus avisos. Ni siquiera la muerte de Jotapé apareció en primera plana. Sim recuerda ahora la foto del filósofo colgado de un árbol seco. La había visto en la redacción del diario. El fotógrafo se la llevó al Gordo quien se la compró en exclusividad pero no la publicó. En su lugar salió un costoso aviso oficial.

En la oficina no está el Gordo. Sigue de descanso o arreglando cuestiones personales (le dijo la secretaria). Y no hay archivos. Nada se guarda.

Apenas alcanza el lugar para dos escritorios. Imposible recuperar las páginas de aquellos días y ni hablar de fotos no publicadas. Lo que no se usa se tira y lo ya editado también.

Baja a la calle. Sim tampoco guarda páginas ya pagadas. Hubo una investigación sobre la muerte de Jotapé que hizo por su cuenta para vendérsela al Gordo pero es otro recuerdo borroso. Quizás el fotógrafo... Vuelven ahora las imágenes de la traffic chocada, de los autos incendiados y la ruta llena de cadáveres. Pero no regresan ni el nombre del fotógrafo ni el del chofer de la camioneta. Por un momento ve luces y senderos de barro. Un taxi en la avenida. Una pizza patas para arriba pero ningún nombre. Piensa en visitar a su padre. Tal vez mañana. El viejo vive solo arriba del techo. Comprará galletitas rellenas, otras de salvado y varias cajas de leche.

Y con el día siguiente llegan recuerdos nuevos que desfallecen mezclados con finales de películas cinco estrellas. En la calle se le revitalizan a Sim algunas caras familiares: la vedette porno, el morocho malvado, su padre, cuatro niños que deambulan felicísimos en bicicleta, un árbol lleno de flores multicolores entre cuyas hojas desciende la mirada hasta la vereda impecable de madres rubias y hogareñas, un vieja ahorcada, un filósofo ahorcado, Simón el estilista su padre ahorcado pendiendo de un cable en el edificio en construcción, junto a la parrilla donde crepita el pollo. Llega a la cuadra, no ha comprado ninguna clase de galletitas, los muertos no almuerzan. Cuando pasa las tarjetas de seguridad por la puertita de la cortina metálica cree reconocer al grupo de ancianos que se le acercan. Entra, sube. Ahora sí recuerda plenamente que su padre ha muerto. Desde el galponcito lo llama la

laptop. En una vieja mochila la guarda, guarda también el Manual atado en el baño con un alambre, un abrigo, algunas cosas más. Baja las escaleras y antes de abrir la puertita siente algo extraño, como un aviso, un temor. Espía por una rendija lateral y allí los ve. Son los seis viejos de la plaza maloliente. Parados en fila, como formación, en medio de la vereda mirando hacia la puerta. Esperándolo. Vuelve sobre sus pasos con pánico, sube las escaleras y huye hacia el edificio abandonado. Ya sabe por donde escapar, su padre se lo dijo alguna vez y ahora el miedo le refresca la memoria. Entonces vuelve hasta el galponcito habitación, recoge la caja de emergencias que le armara Simón aquella vez. Procede según el ritual y escapa definitivamente mientras, como en una película cinco estrellas de acción de las que le gustan, a sus espaldas, a las espaldas del héroe inesperado, arde y explota el paisaje.

14

Andar por los techos reaviva la memoria. El hecho de tener que prestar suma atención a cada paso, esquivar tensores, antenas, subir, saltar, volver atrás para encontrar otro camino posible liberan el centro del recuerdo. Andar por los techos es tener solamente ojos y piernas. Con cada desplazamiento la memoria también salta, sube, baja, esquiva y retoma pasadizos. Una extemporánea pila de adoquines rememora la vieja esquina donde alguien se sentaba con los amigos a hablar de mujeres y contar increíbles y mentirosas historias de conquistas y revolcones sexuales interminables. Una vecina mayor, quizás cuarentona solitaria, se entregaba a adolescentes de la barra que siempre



eran otros. Esquivar ahora salidas de aireación que hacen brotar las imágenes de una chimenea en una casa del campo, en un indeterminable lugar de la remota llanura donde el viento y el calor cruzaban sin freno, netos y francos por campos que recién empezaban a ser desolados y áridos. También el sol en los ojos ayuda a recordar. A pesar de ser ahora una moneda sucia que se ahorra allá lejos en un horizonte de barro. Calor en la cara que ya nunca más se tostaría. Solamente pústulas sobrevienen a la exposición actual. Pústulas y un color que no se anima. Y los charcos también hacen retroceder hacia imágenes de ríos; sucios, sí, pero fluyendo entonces.

## PARTE TRES

1

Esquivo la parrilla sucia y subo las escaleras. Dudo, ¿subir o bajar? Miro hacia abajo la oscuridad del descanso y me da miedo. ¿No había acá un refugio? Entonces subo. Es un piso enorme, solamente cemento y columnas. Voy hasta el borde sin barandas y veo techos. Recorro el enorme piso caminando por el borde sin barandas y llego a una escalera. ¿Subir o bajar? Miro hacia abajo y me da miedo. Subo. Más escaleras. Subo y subo. Ya no hay nada más. Me asomo al borde. Allá abajo hay una terraza con plantas y tanques de colores. Unas personas, son cinco o seis, se mueven y parecen perros que husmean. Ahora corren hacia acá abajo y la terraza explota. Primero un pequeño fuego en la punta de una antorcha en el extremo de un brazo. Luego fuego por toda la terraza. Finalmente ahora explota. Quedo ciego un momento y en mi cabeza veo la casa de mi padre que explota. Escucho gritos brutales allá abajo en los primeros pisos de este edificio abandonado. Recuerdo a mi padre ahorcado con un cable junto a la parrilla de los pollos. Los hombres, creo que son seis, me ven entre los abismales huecos de las escaleras y vienen hacia mí. Corro para allá y para acá pero no hay más que cemento y bordes sin barandas. Los otros techos están allá abajo muy lejos casi perdidos en la niebla. Ya están los hombres acá, son seis, los veo llegar, son viejos como mi padre. Resoplan por el esfuerzo y se apoyan en distintas columnas para recobrase. Me miran

como las hienas, con el lomo levemente arqueado, las panzas prominentes, los ojos fijos, dientes que no ríen. Uno tiene un pedazo de cable con forma de horca en la mano. Retrocedo hasta casi caer. Hay un grueso alambre o cable que desde un gancho bajo mis pies se extiende a través del aire hasta allá abajo, allá lejos. Los seis viejos hienas lentos vienen hacia mí con la horca en la mano. Miro atrás, miro el cable que se curva bajando; en una película cinco estrellas de las que más me gustan, el negro Will cruza el cinturón por un cable y se desliza. Me saco el cinturón, me agacho, lo cruzo por encima del cable, tomo ambos extremos y salto. Los viejos me gritan.

No soy el negro Will. Tengo miedo. Cierro los ojos y enseguida los abro porque me da más miedo oír el zumbido del aire y percibir el vértigo de la caída sin imágenes. Parece una película cinco estrellas pero soy yo volando por un cable que hace un chirrido contra mi cinturón metálico. Me duele el pecho por llevar la boca abierta gritando. Es interminable el descenso desde el último piso altísimo del edificio abandonado vecino a la casa de mi padre muerto hasta esa mancha verde que asoma entre la neblina propia de las calles de la ciudad. Estoy a mitad de camino y la velocidad disminuye. Después del primer descenso abrupto estoy en una parte más suave, el cable antes curvado por mi peso ahora se tensa hacia delante. Quedo a la altura del segundo o tercer piso (no logro ver la parrilla de los pollos) a unos diez metros de la construcción. Escucho silbidos. Son dardos líquidos. Uno me raspa y corta el pantalón a la altura de las nalgas pero no llega a tocarme la piel. Apenas colgado de mi cinturón, los brazos me duelen y tengo las manos agarrotadas y rojas, el cuerpo se desplaza otra vez

violentamente casi derecho hacia delante, apenas bajando rumbo al vidrio verde que resalta en la niebla.

Entro en la nube de abajo. Conozco la irritación en la piel, el olor nauseabundo. Es un brevísimo instante mientras las manos me arden no sé si por el esfuerzo de sostenerme o por la química de la niebla. Paso. Bautismo de niebla. Me queda el pelo pringoso, electrizado.

El grueso cable vibra, quizás estén tratando de cortarlo, y golpeo y me desparramo aterrorizado contra una interminable montaña de botellas plásticas, bidones, envases de múltiples tamaños, aparentemente vacíos. A mis espaldas, el cable comienza a precipitarse pesadamente desde el último piso donde se mueven unas figuras, hasta techos lejanos. Saco mi cinturón metálico y con mucha dificultad, me lastimo las manos, desprendo el otro extremo del cable. Estoy vivo. No sé dónde estoy, pero estoy vivo.

Recuerdo un pelotero al caminar sobre los flácidos envases que me invitan a jugar. Me arrastro sobre ellos en una agradable sensación de caricia, de natación en un elemento más bruto, que no tenía desde la infancia. Mis padres me han dejado en la fiesta de algún compañerito escolar y lo primero, tras darle el regalo y apenas saludar a los adultos sonrientes, es zambullirse entre la masa de piernas y brazos y gritos de mis amigos y pelotas rojas, amarillas, azules... Ahora, en cambio, predominan las formas alargadas de los envases y colores translúcidos. Verdes, blancos gastados. Salgo tropezando del montón que me salvó de la muerte en la violenta caída. Y no hay adultos protectores. Quedan allá atrás algunos viejos hienas que parecen gritarme y me amenazan con sus gestos y movimientos a la distancia. La niebla se cierra más y aprovecho para

escabullirme de su vista. En lugar de huir en la misma dirección, retrocedo. Vuelvo hacia el edificio en construcción y me escondo en una terraza vecina, en el tanque de agua. Necesito descansar. Un fondo líquido, unos veinte centímetros, me relaja las piernas golpeadas. Me siento y apoyo las manos en la base, cruzo la vieja mochila hacia el pecho y la espalda se amolda en el costado curvo de cemento con verdín. Cierro los ojos y estoy en paz.

Transcurre menos de una hora. Los músculos se han aflojado pero están recuperando rápidamente su vértigo. Estos viejos hijos de puta son los que mataron a mi padre y seguramente a Celina y al filósofo. ¿O mataron a Simón según un modus operandi? ¿Otros se encargaron con el mismo procedimiento de la vieja y Jotapé?

Saco la laptop. Pero no sé qué escribir, qué buscar. "Horca". Se abren varias ventanas, en una dice mi nombre. Toco el teclado que parece reconocerme y texto e imágenes explotan: en un rinconcito la cara de mi padre me habla. *Sim, la horca es el procedimiento que usan para matar a los opositores. Tiene la brutalidad aleccionadora de lo primitivo. Es un signo claro de silenciamiento. Cierra la garganta, quiebra el cuello e impide hablar. Lo vienen usando con los integrantes de la subred. Seguramente lo harán también conmigo.*

Evidentemente mi padre programó la máquina para que responda a mi mano. En lugar de un código de acceso, allí están mis dedos. Necesito digerir la información, mi cabeza está excedida ahora de datos y me cuesta mantenerlos. Todo es evanescente. Cierro la laptop y la meto en la vieja mochila. Espío por la tapa del tanque levemente corrida.guardo un poco más. Salgo.

Con mucho cuidado regreso a la terraza donde aterricé. Las botellas y bidones forman una extraña masa verdinegra, deforme y con un olor insoportable. Evidentemente fue quemada. O bien los viejos hienas pasaron por acá, o bien le arrojaron algún proyectil incendiario con la intención de asesinarme. No creo que vuelvan. Me escondo bajo una especie de mesa de cemento. El cable por el que me deslicé, yace a medio metro. Recuerdo el cable con extremo de cocodrilo entre los enseres que guardé en la mochila. Lo conecto a la laptop y pellizco el cable salvador en busca de alguna señal. Las ventanas de la pantalla me conducen hacia la subred. Aparece una vista panorámica de la región. Desde arriba se ven las calles, los techos. Aprieto el zoom, un poco más, otro poco. Veo el edificio abandonado, la terraza de mi padre, el techo donde estoy escondido. Unas sombras recorren las calles. Un grupo juega claramente al tope de cabezas. Sigo por la pantalla el camino de siempre desde lo alto de algún satélite olvidado, en desuso comercial, y llego hasta la plaza. Allí están los viejos escupiendo cabezas de palomas. Acercamiento. Observo con temor sus gorras o sus peladas temiendo que me miren (como si pudieran). Al levantar un poco las bocas para escupir más lejos, puedo registrar algunas caras. Las marco. La máquina indaga vertiginosamente por la subred y en fracción de segundos me abre algunos archivos. Me refresca la memoria de periodista. En un lugar remoto en la oscuridad de mi cabeza, se esconde (tengo solo un pálido fulgor) una crónica, un informe sensacionalista que yo escribí para el diario del Gordo Domínguez, mi jefe. La pantalla me los muestra en sucesión. No había sido uno solo sino una serie. Ahora algo más sale de mi niebla interior. Y la subred me aporta otros datos que desconocía.

Los viejos habían cometido varios crímenes. Por errores de procedimiento habían salido en libertad. Alguien mezcló los papeles, borró sin querer los datos de la computadora central y dejaron de existir los delitos y la causa judicial. Ya nadie sabía archivar. Los empleados se renovaban constantemente. Duraban una semana, un par de días. A veces media jornada laboral. Se cansaban, se distraían. Salían a tomar un café o descendían una escalera para ir a otra oficina, a otra dependencia, y al ver la puerta principal se encaminaban directamente a la calle sin saber, sin recordar qué hacían en ese edificio público. Fue inmediatamente después de la epidemia de gripe. Y probablemente otra consecuencia de la enfermedad. Consecuencia no tan grave como la muerte pero gravísima también por el trastorno que ocasionó en todas las instituciones. El informe comienza a hablarme de un foro que se creara en principio para luchar contra ideas abortistas, luego se amplió a favor del control sexual y la reivindicación de la virginidad hasta el matrimonio y la castidad posterior, se propuso la quema de basura en las esquinas, la extracción de los árboles restantes de las veredas y la prohibición a los varones del uso de aros y tatuajes y a las mujeres de teñirse el cabello...

Bruscamente la pantalla esconde todos los datos y aparece un hiriente cartel rojo que titila indicando peligro. "Alerta, ¡alerta!, ¡¡alerta!!" Y el mapa aéreo me muestra mi localización y cómo se acercan, por las cuatro calles que rodean esta terraza, los viejos. Dos ya están subiendo por las escaleras plegables de una camioneta. Me dispongo a guardar todo en la mochila pero desde una ventanita al pie de la pantalla me habla la cara de mi padre y me indica que use el auricular inalámbrico. Ahora sí meto la laptop en la mochila y me desplazo en

la dirección que me sugiriera una flecha amarilla en la pantalla. La voz de mi padre me indica que recoja un pedazo de chapa que hay tirado y lo ponga sobre mi cabeza como techo. Lo sostengo con las manos por debajo y escondo todo el cuerpo. “Ellos también usan algún satélite. El aluminio impide que te ubiquen. No te van a ver, son como topos ciegos que siguen el mapa aéreo”. Las manos, los brazos, comienzan a flaquear y descargo el peso de la lámina sobre la cabeza. Transcurre más de media hora, o eso me parece. Me pongo de pie y con la chapa todavía como una tapa camino en la dirección que la voz de mi padre me indica al oído. Paso a paso. Subir, bajar apenas y subir más. A pesar de que el miedo me domina y de que distraerme de las indicaciones sería mortal, no puedo dejar de pensar en que Simón me está hablando. ¿Es solamente un recurso técnico? ¿Las indicaciones del programa de alerta y fuga usan mecánicamente su voz o está vivo en algún lugar y su cuerpo muerto, colgado de una horca de cable, fue cortina de humo? “¡Alerta!” me grita, “hacia el otro lado, dos pasos hacia el otro lado, a la derecha”. Obedezco. Quedo adherido a una gigantesca chimenea de metal. La chapa apoyada en diagonal parece una media carpa. Allí abajo, destrabo unas pestañas metálicas y se abre un hueco de unos sesenta centímetros de diámetro. Me deslizo de espaldas hasta la cintura y tanteando descubro dónde apoyar los pies. Quedo solo porque el auricular ya no me habla, y decido descender. Estoy muy cansado para el esfuerzo de trepar. Hace un calor de infierno. Pocos metros más abajo veo en la pared opuesta una filtración de luz. Es una tapa similar a la que extraje antes. Me asomo a otro techo. Antes despliego la pantalla y busco la vista aérea. Desde arriba me siento un dios de una tierra muerta. Las variaciones de los techos parecen tumbas. Con un



acercamiento enfoco mi ubicación. Es una inmensa comba con muchas chimeneas. El índice de contaminación se muestra altísimo pero mi organismo parece estar acostumbrado a la pestilencia y el desastre. Ni siquiera me molesta ahora el sobrehueso o rabo. Después de verificar que no hay ancianos en los alrededores, salgo.

Hay centenares de miles de satélites que se usaron para comunicaciones y espionaje, y están en desuso. Los fueron olvidando o discontinuando. En algunos casos perdieron la frecuencia, en otros los reemplazaron por observadores más modernos. Sea como fuere, la atmósfera quedó inundada de chatarra utilizable. La subred se mueve aprovechando la multiplicidad de señales para confundir a asesinos y poderosos. Alguien, Simón nunca me dijo el nombre, desarrolló un programa que salta de aquí para allá, de nodo en nodo, y esquiva al enemigo. Eso para las comunicaciones, pero los viejos hienas, por lo visto, también saben acceder a los grandes telescopios que observan la tierra.

El olor repentinamente se vuelve todavía más ácido. Hay un rugido de cañerías apenas salgo. Cierro la tapa y ya en el techo combo siento cómo por el tubo por donde me deslicé y por los otros tubos similares que bordean esta construcción, se desplaza como lava de volcán una masa fétida. El ruido de tripa metálica y un calor que ilumina al rojo las chapas, va ascendiendo hasta las alturas de las chimeneas altísimas y segundos después, mientras me acerco a un borde del edificio, se produce la erupción de un humo muy denso cargado también de una especie de granizo verdusco. Lentamente comienza a caer la lluvia oscura, pero de golpe se levanta un viento ardiente que arrastra la nube y

la hace caer a un par de cuerdas con ruido blando y sostenido. Un retumbar opaco, pesado. Una bandada de murciélagos diurnos sale disparada en sentido contrario. Algunos pocos caen porque sus alas son impregnadas de esa lluvia viscosa. Y la mayoría huye entrechocándose y emitiendo un pitido violentísimo. Desciendo un par de metros hasta un techo peligrosamente corroído. Piso sobre las clavaduras. Se hunden levemente; las vigas deben estar podridas. Intentando hacerme más leve camino hasta el extremo donde se extiende una terraza de cemento más tranquilizadora. Está llena de trastos: un sillón destapizado, dos colchones rotos, ladrillos, azulejos, pedazos de caño, un enorme armario metálico sin puertas que quizás fuera fichero, latas de pintura. En una maceta gigante y rota hay alguna clase de verdura. Mi padre tenía algo parecido pero de hojas más pequeñas y tiernas en su huerta. Tengo que comer y descansar. Acaricio las hojas para limpiarlas y las mastico. Son un poco ásperas, un poco amargas pero me calman. Miro alrededor. Arrimo el sillón al armario. Tumbo un extremo del armario sobre el respaldo del sillón. Coloco el colchón menos húmedo debajo de mi casita de metal y me acuesto. Despliego la laptop para que me sirva de perro guardián.

Calculo que no pasó más de media hora. Cada vez duermo menos. En un documental cinco estrellas vi que algunos animales duermen parados y de a ratitos porque temen ser atacados. Quizás sea de noche pero no hay menos penumbra rojiza que de día. Pienso en visitar a mi padre. Podría comprar unas galletitas de salvado y un paquete de las rellenas que le gustan. ¿Leche también? Me incorporo y salgo de mi lata. No conozco este lugar. No me parece la casa de Simón. Ahora recuerdo que se suicidó o que lo asesinaron o que

sigue vivo pero fingió la muerte. Tengo un dolor en la cintura. Me toco y hay una protuberancia. Como un principio de cola. Con la mochilita al hombro comienzo a caminar. Paso dos, tres techos muy sucios. En medio de tanta suciedad general estos me llaman la atención. Hay una calle angosta allá abajo tapada por la basura. Es una línea divisoria. Del lado de allá cambian los olores. Recorro esta cornisa a lo largo de cientos de metros y llego a una esquina donde un tablón con bordes de metal hace las veces de puente. Sin miedo cruzo. Al llegar enfrente muevo un palo que parece haber sido puesto a propósito para hacerle palanca al puente y hacerlo caer. Se desmorona y golpea jugueteón contra las paredes. Se precipita sobre las montañas de basura en silencio. Por acá no podré volver, pienso, y me gusta la idea.

Efectivamente hay olores distintos. No más agradables, distintos. La acritud plástica dio paso a una aspereza animal. Sigo andando. Poco a poco comienzo a percibir levemente un griterío apagado que a cada techo que cruzo se agranda y acerca. Chillidos excitados. Son cada vez más fuertes. Personas que gritan, vitorean, aplauden. Estoy a la altura de un tercer o cuarto piso. Allá abajo, en un enorme patio, se vislumbran figuras. Prendo la laptop y busco los mapas pero es una zona muerta. Ningún satélite está disponible para que indague que ocurre allá abajo. Para que mire sin riesgo. Entonces me decido y descendo con cuidado, muy silenciosamente y lleno de curiosidad. Hay un heterogéneo círculo de individuos y en el medio se mueven, se picotean, sangran dos pequeños animales. Creo que estoy definitivamente en otra región donde el deporte no es el tope de cabezas sino la riña de gallos.

Los gritos dan lugar a bufidos y risas, según a quién se apostara. Hay un breve intercambio de especies con pequeñas reyertas de tasación. ¿Cuánto vale una lata de sardinas, cuánto un cinturón metálico? Ahora las exclamaciones suben de tono. Forcejean los fans de los que parecen ser los gallos campeones. Entran por rincones opuestos en brazos de sus dueños o managers. Uno, cresta verde y pico blanco. El otro me asusta más. Apenas contenido por los robustos brazos y arte de su portador, sacude las alas y mueve la cabeza hacia delante como martillo.

Decido seguir. Irme. Pero el espectáculo comienza y me atrapa. Hay un círculo de individuos detrás de una valla. Adentro dos varones y una mujer cumplen alguna clase de función. Dos son, creo, los representantes de cada ave. La otra tiene un reloj, evidentemente es el juez porque aún dentro del caos y amasijo general acatan cada una de sus indicaciones. A su señal, arrojan los gallos al ruedo. Se produce un silencio de muerte. Los gallos se atacan con sus patas más que con sus picos. Transcurridos unos minutos de pelea, se me vuelve rutinario. Los fans han empezado paulatinamente a alentar. Un segundo juez, al que no había notado, hace una señal a la jueza y se detiene el combate. Ha habido, según las señas, una invasión. Un pequeño arrojó algo a la arena. El segundo juez, un joven con el pelo ralo y nariz llena de granos, me recuerda al empleado del drugstore. La jueza recoge algo pequeño del piso, tal vez una bolita de mercurio, la levanta para que la vean todos y señala al infractor. Un gigantón le engancha de un brazo con una pierna con un cepo brillante y lo arrastra entre el público. La pelea se reinicia. Veo cómo a unos pocos metros el

guardia apalea al niño. Queda tendido. La mole regresa a ver la pelea y el infractor se arrastra y huye.

Como no estoy exactamente encima del grupo, me animo a descender hasta la terraza más baja. Apenas a dos metros del suelo oigo pero no entiendo todo lo que dicen. Solamente algunas palabras. Aunque no son distintas a las de las personas que suelo ver: las mismas manchas en la piel, las pústulas, la suciedad. Percibo los olores fuertes de siempre. Hay también ojos vacíos, miembros faltantes, manos sin dedos.

Un gigantesco vehículo se detiene en la calle. Vuelvo al segundo piso y cruzo aprovechando el techo rígido del camión. Recién al llegar al otro lado veo la pantalla gigante. Hay un primer plano del gallo de pico blanco y crin verde atacando con frenesí mientras el otro, el bravo, ya casi ni se defiende. En una ventana de la pantalla se va haciendo un paneo del público eufórico o mudo, según sus apuestas. En otra ventana, arriba y al centro, un hombre todo sonrisa transmite el evento. Y a su izquierda se muestran dos barras con porcentajes.

En mi laptop pita la alarma. “Si hay transmisión deportiva, hay señal”. Y seguramente alguien está de vuelta amenazándome.

Ahora no sé qué hacer. Me habla Simón, suena el pitido, no encuentro un armario metálico. Mi cabeza es un torbellino. Quizás visite a mi padre y le lleve unas galletas rellenas de chocolate y otras de salvado. También leche. Camino y no puedo cruzar la calle. Está allá abajo. El sol está más fuerte. Alguien me llama, suena un pitido a mis espaldas. En la mochila. Saco la laptop y la abro. La cara de mi padre me da indicaciones. Apenas entiendo. En la pantalla una foto de mi mochila sobre mi cabeza. Me pongo la vieja mochila como

sombrero y calzo las manijas bajo mis brazos. El sol no me quema ahora. Se acabó por suerte el pitido. En la pantalla un cartel me ordena que me sienta contra la pared, en el rincón de esta terraza de la esquina, y mantenga la mochila como sombrero. La laptop como escudo. Ahora los veo. Cinco viejos hienas siguen las indicaciones de otro que camina mirando una pequeña pantalla. Hacen señas. Se van en dirección contraria. En fila india. El último lleva colgado del cinturón metálico un cable horca.

“Los viejos cometieron varios crímenes pero salieron por errores de procedimiento”. En el auricular, la voz de mi padre, y en la pantalla, fotos y videos de los viejos hienas. Se los ve jóvenes, con bigotes enormes y anteojos oscuros. Están hablando entre ellos, enojados contra algo o alguien que no se muestra. “Fue después de la epidemia de gripe, formaron un grupo contra las desviaciones sexuales y a favor de la quema de residuos en las esquinas. Había cadáveres por todas partes y se los acumulaba en algunos rincones de la ciudad. Comenzaron a prenderles fuego y según parece no todos estaban muertos. Había heridos, convalecientes e incluso personas sanas que fueron arrastradas por el grupo y ajusticiadas en las piras. Muchos terapeutas que habían sido acusados de causar la gripe. Y enemigos de todas clases. Vecinos discriminados. Mujeres que los rechazaban. Poco a poco el grupo fue aprovechando la situación de miedo y desconcierto general para enriquecerse con las propiedades de sus quemados o para apoderarse de la medicación de los que llevaban a la hoguera.” Hay imágenes de personas suplicando entre las llamas, niños golpeados y arrojados a la pila de cadáveres. Reconozco las caras de los viejos hienas. No reconozco a grupos de fanáticos que los vitorean y

aplauden y les señalan otras víctimas. Simón sigue hablando a mi oído pero cierro la laptop y me quito el auricular. Con mi sombrero mochila me protejo del calor del sol, me protejo de la mirada espía de los satélites pero no de los quemados. Veo ahora en mi cabeza un molino roto chocado por un helicóptero, una ruta plagada de autos, micros, camiones chocados incendiándose. Muchos cadáveres. Entre ellos mis compañeros del diario. No recuerdo sus nombres ni sus caras. Se mezclan con los quemados de la pantalla. Unos chicos juegan con un video en medio del campo. Sus caras se me mezclan con los que se babean frente a los gallos de riña. Crucé ya varias calles por arriba. Comienza a oscurecer y tengo hambre y sed. Mucha sed. Cuando me puse el auricular. ¿Me lo había sacado? Habla Simón y me cuenta sobre la falsa epidemia de gripe. Repentinamente se le suma de fondo mi música cinco estrellas. Ahora es todo música con un padre que habla lejos. Tan lejos como el edificio abandonado donde se ahorcó. Mi boca es un plástico derretido verde o blanco grisáceo como algo que me detuvo en no sé qué caída en no sé qué sueño o pesadilla. Ya no tengo ni saliva. Intento babear, mojarme la lengua, me la paso por los labios pero la lengua me raspa los labios y se raspa. En mi oreja ahora están los resultados de la riña de gallos. La voz de un locutor que cacarea. Gritos de alegría de los fans. Estadísticas. Cresta verde-pico blanco es el héroe regional. Ya están las remeras. Sobre rojo, sobre azul o sobre negro. Se están agotando las remeras. El negro Will con una remera blanca con el gallo cresta verde. Paulatinamente viene de lejos hasta tapar por completo al locutor, la voz de otro locutor que transmite las escenas más destacadas del último match galluno. Tengo sed, pero la voz me aplaca. De golpe un zumbido que me taladra el tímpano. Me arranco el

auricular, busco la mochila en mi espalda para guardarlo pero no la encuentro. Camino al borde de derretirme. El calor es muy fuerte. Los objetos brillan blancos y casi no puedo mirar. Me sangran las encías y por unos segundos disfruto la sangre en mi boca. Porque se seca de inmediato y se me pegan los labios. Me arde la lengua. Podría comprar galletitas rellenas y leche. Mucha leche. Podría ir a casa de mi padre a tomar la leche con galletitas de chocolate y otras de salvado. En la terraza él tiene verduras y algunas frutas. Podría hacerme Simón un pollo a la parrilla allá en el sector parrilla del tercer piso del edificio abandonado. Pero ahora lo veo muerto. Me vuelve la sed.

2

INFORME: Los viejos hienas se agruparon de manera casual. Pero las tensiones y el clima social fue el aglutinante. En alguna ocasión hubo unas marchas del miedo. Así fue que focalizaron todos los problemas de inseguridad en los jóvenes. Por simplificación, en ciertos jóvenes. En los que eran distintos. Ya sea porque venían de otras regiones (entonces los llamaban asentamientos o villas) o porque elegían otra vida o porque el aspecto era claramente diferente al de los que marcharon. El miedo fue la ideología. Y poco a poco los desmovilizó. La mayoría se quedó satisfecha con la eterna protesta y el rezongo. Enviaban mensajes a los medios masivos, o destilaban su insatisfacción en las colas de los bancos y los negocios, rumiaban la bronca en las esquinas de los aburridos y los



jubilados. La injusticia, la violencia, la corrupción generalizada empujó a la mayoría a reclamar justicia por mano propia. Y a un pequeño grupo a llevarla a cabo.

El estímulo provenía no solamente de la cruda realidad sino especialmente de la amplificación que hicieron los medios masivos y los políticos en campaña.

No hubo ningún complot. Al principio creíamos en la subred que algún poder había planificado nuestra decadencia. Atribuimos el deterioro a la influencia aplanadora de las pantallas y al bajo presupuesto educativo, pero finalmente nos convencimos de que estaba en el aire. Un cambio global inexplicable. Un paulatino desgaste como el de cualquier maquinaria o ser vivo. Las piezas del motor tienen juego, no están ajustadas como en el origen; los bujes se aflojan, los neumáticos se gastan desparejos. El organismo animal se va oxidando, pierde su vigor inicial, decae. Así nuestra civilización. Un buen día notamos que nadie sabe las causas de nada, que nadie sabe cómo funcionan los aparatos más rudimentarios. Una lenta e inexorable pérdida de conocimientos elementales. Y la consecuente demolición de la memoria. No sólo la memoria individual sino también la memoria social, cultural. La casi desaparición de la memoria humana. Sin ganas, sin saber cómo, con las piezas gastadas, las regiones siguen funcionando. Poco y mal, pero siguen andando. Y los poderosos locales o universales se aprovechan del deterioro. No lo hacen por directa malicia sino porque es su condición y su hábito genético aprovecharse del débil. Y el control de los poderosos y sus ministerios no busca ningún fin más que perpetuar el miedo (el propio se aprovecha del masivo). Y sus rutinarios

empleados saben apenas la mecánica o protocolo de su trabajo, no analizan las consecuencias. Acción y reacción: observan una conducta o actividad y la atribuyen al código correspondiente. Pasa a la siguiente dependencia donde otro empleado, a partir del código recibido, activa la respuesta, el castigo, premio o destrucción. La mayoría de las inteligencias están raquílicas, desnutridas, sobreviven los impulsos y procedimientos básicos.

Además del control, la actividad más importante es la venta. Estrechamente vinculadas. Para cada producto se tipifican los clientes. Un software los cataloga inmediatamente por múltiples aspectos: el tono de voz, ritmo, vocabulario, región, edad, sexo, enfermedades... y le da un protocolo de preguntas y recomendaciones al operador telefónico o de la pantalla. Está comprobado que si uno se sale del protocolo no saben cómo seguir.

Todo el funcionamiento de los individuos se ha ido alterando lentamente. Sus conductas, su manera de relacionarse, su nivel de comprensión, sus gustos, sus elecciones. El planeta simultáneamente se ha ido alterando también en la composición de su suelo, de su aire, las temperaturas, los vientos, las mareas.

Es una explicación muy simplista pero en la subred finalmente la aceptamos. El desgaste ha alterado desde el clima hasta la sinapsis.

3

Tengo sed. Estoy casi llegando a un techo de tejas enmohecidas y rotas. Es difícil caminar acá pero huelo el agua. Hay un viejo tanque de cemento,

sin tapa y en el fondo, entre la negrura de las paredes, queda agua. Dejo la mochila bajo el tanque y me trepo. Meto medio cuerpo adentro, me balanceo por la cintura, y sumerjo la cabeza en el agua tibia y oleosa. Una sensación amable me recorre la piel hasta los dedos de los pies. Que ahora logran ponerse en movimiento. Con más eficacia. Me deslizo por el lado contrario hasta el final de las tejas. Salto, corro y recorro más terrazas hasta que el sol no me ciega. Una inmensa sombra me da fresco. Levanto la vista. Hay un gigantesco paredón sin revocar. Un muro altísimo. Inexpugnable. De techo en techo recorro su costado. A lo lejos veo que una escalera de peldaños clavados en la pared, se destaca con sus caños amarillos del gris de la muralla. Salto un pasillo, atravieso por un reborde una calle que muere contra el bloque y llego al pie de una escalera. Son escalones de caño embutidos. Acomodo mejor la mochila en mi espalda y comienzo a trepar. Siento que una luz de esperanza se me encendió adentro. Repentinamente se ha hecho un silencio y me doy cuenta del enorme ruido que me acompañó en las últimas horas. A unos cinco metros de altura, la escalera tiene una protección de alambre que me rodea. Trepo por un tubo abierto que me permite ver hacia atrás parte de mi recorrido. El ascenso es prolongado pero ya no tengo sed. Cada tanto aparecen unos extraños grifos, cableríos abandonados, conductos vaciados que quizás llevaran algún tipo de fluido o de electricidad, pero que están muertos e inútiles. Cuanto más arriba voy, más corroídos y olvidados parecen. Asomo la cabeza y recibo la violentísima trompada de un ruido infernal. Allá adelante, a unos cincuenta metros, se extienden innumerables nudos de carreteras. Varios pisos, pasajes, curvas, subidas, bajadas, rulos y rotondas. También mis ojos reciben una violentísima trompada. Los vehículos

refulgen al sol, que rebota en el espejo de sus carrocerías y me da directamente en la cara. Me cuesta unos cuantos segundos acostumbrar la vista que al principio vio todo saturado de blanco plata espejo. En uno de los pisos inferiores de la ruta hay un amontonamiento de autos, micros y camiones que han chocado. Recuerdo un accidente y un aspa de molino. Recuerdo a mis compañeros de trabajo muertos. Fue en otro lugar pero en un amasijo de fierros y fuego igual a este. Otro helicóptero de vigilancia, otra ambulancia, otros bomberos chocan o han chocado recientemente y siguen chocando contra la masa de metal y plástico y vidrio. Adivino o preveo, como un dios, lo que va a ocurrir porque vislumbro los otros vehículos que se acercan a gran velocidad y no podrán frenar a tiempo. Siguen las colisiones. En la rampa más alta hay un gigantesco ómnibus de dos pisos que intenta desviarse para descender por el lado equivocado de la rotonda aérea. Choca contra varios autos hasta estamparse con un enorme camión que transporta ganado. El ruido del impacto es tan violento que se impone por encima de todos los demás ruidos. Una nube de fuego que se transforma en humo negro y espeso se pierde en el cielo sin viento. A mi derecha, a mi izquierda, más abajo percibo otros accidentes casi simultáneos. De mayor y de menor intensidad lumínica y sonora, como un gran coro destemplado y difónico, aúlla para mí solo que estoy subido a la enorme muralla y veo el espectáculo monstruoso. De los pastizales quemados que bordean la autopista surgen animales carroñeros mientras murciélagos diurnos se lanzan sobre los pisos superiores en una especie de distribución del trabajo. Las aves de rapiña no se meten con la carretera a ras del piso y las jaurías solamente trepan los destruidos separadores de vías. Es un festival de

carniceros. Los cadáveres son desgarrados. Los heridos capturados y devorados también.

Una nube de gases tapa el sol. Suenan disparos secos e innumerables. Noto recién en este momento que a la misma distancia de la autopista, enfrente de donde estoy, hay otro enorme muro. Sus paredes destellan y cambian de colores. Instantáneamente después de los estampidos aparece tras una sonrisa triunfadora la cara del negro Will. Dos armas plateadas cubren sus manos ágiles. Parece disparar contra los murciélagos y las bestias. Pero los carroñeros siguen su faena. En la pantalla que ocupa la muralla de enfrente, el negro Will sigue venciendo a seres monstruosos y rescatando niños. En los distintos pisos de las autopistas, sin embargo, continúan los choques y la depredación. Miro a través de mis pies la muralla donde estoy parado y otro negro Will, simétrico, repite las osadías del de enfrente.

Hay pantallas, pienso. Y si hay pantallas pueden localizarme. Entonces vuelvo a usar la mochila como sombrero protector. Pero he reaccionado tarde porque a mis espaldas se mueven formas conocidas amenazantes. Siento los silbidos de los dardos de vidrio. Comienzo a correr. Del otro lado del muro a unos dos metros hay un ancho reborde transparente. Salto. Estoy corriendo encima de la cabeza del negro Will. Otros dos o tres metros más abajo, a la altura de los ojos del negro Will, hay otro corredor. Me agacho, me cuelgo del borde de mi pasillo y me desprendo hasta el siguiente. Y otro, y otro más. Varios más hasta llegar a la altura de sus manos armadas.

Sigo interminablemente. Ya no puedo volver a subir. Sigo. Un tubo, jaula de hierros, sale de la pared hacia la autopista. Lleno de cables

seguramente en desuso. Me desplazo por él. Serán unos cien metros gateando. Abajo hay pastizales quemados. Las manos me arden contra el metal caliente. Llego al segundo nivel. Los murciélagos me ignoran. Cruzo los ocho carriles esquivando deshechos. A ambos lados de la ruta, el negro Will sonrío y dispara sus armas proyectado sobre las murallas. Un tubo similar me invita a cruzar al otro lado. No me demoro. El olor a sangre y plásticos chamuscados es hiriente. Los animales carroñeros no disputan, hay suficiente para todos. Un pequeño helicóptero ambulancia intenta descender en el pastizal pero se va de costado y estalla. Otra nave dispara ahora sobre las jaurías y logra aterrizar junto a algunos sobrevivientes. Ya no puedo mirar más. Llego al muro. El negro Will está bebiendo una coca estimulante. Comienzo a caminar lentamente disfrutando de la sombra. De inmediato encuentro una escalera enjaulada que me lleva hasta arriba de todo. Desciendo por otra escalera similar hasta una terraza vacía. Más abajo, los techos, repiten a los del otro lado.

4

INFORME: De manera aislada, en focos, se fue notando el proceso. Luego por simplificación se le atribuiría a la gran epidemia de gripe la culpa de todos los males. Pero esto empezó bastantes años antes de la peste. Algunos docentes comenzaron a preocuparse y comentar entre ellos, casi con temor, que los alumnos cada vez entendían menos. Los más experimentados podían hacer comparaciones de una década a otra. A menudo lo atribuían, en su fuero íntimo, a que estaban envejeciendo y por lo tanto no comprendían a los jóvenes. Eso ha

ocurrido a lo largo de toda la historia entre las generaciones. De todas formas algunos percibían que había un gran deterioro en las facultades intelectuales: la memoria, la comprensión estaban dañadas o mermadas. El vocabulario se hacía cada vez más limitado y la sintaxis, el discurso, incoherente, deshilvanado. Le echaron la culpa a un fenómeno como la televisión. El gigantesco meteorito que había alterado la atmósfera del planeta. Tarde nos dimos cuenta de que la televisión y todas las pantallas eran una manifestación de lo mismo. Formaban parte del remolino centrífugo que arrojaba las inteligencias a los bordes. No era la causa apocalíptica sino una vistosa y ostensible compañera de viaje.

A la vez se veían las limitaciones en la vida cotidiana. Muchos se quejaban de la mala atención en los comercios o de las dificultades para hacerse entender frente a un reclamo. La ausencia de técnicos eficientes. La larga lista de chapuceros intentando reparar una heladera, un auto, pintar una pared, contestar un llamado. Fue el paso de la poca visión a la ceguera. Probablemente uno no note de manera clara que va perdiendo poco a poco la vista. Pero sí nota que no ve. Como aquel buen ejemplo viejo de la rana puesta en agua hirviendo o en agua tibia que se va calentando de a poco. Hasta en las grandes empresas hubo enormes pérdidas por mala prestación de servicios. Así fue que comenzaron a prescindir, hasta donde fuera posible, de las personas, y las reemplazaron por respuestas automatizadas no siempre exitosas porque habían sido diseñadas, también, por técnicos en decadencia. No hubo legado y a medida que se iban muriendo los integrantes de las generaciones pregrife, ya casi nadie sabía cómo arreglar o hacer funcionar nada. Desde el cuerito de una canilla hasta los paneles solares de los satélites de comunicación. No fue total,

pero fue masivo. Quedaron dispersos algunos que, como en cualquier epidemia, son extrañamente inmunes. La mayoría fue captada por los poderosos, pero aunque inventaran la vacuna universal, no habría suficientes enfermeros capacitados para aplicarla.

Las calles se fueron poblando de tullidos, sucios, desnutridos, obesos, sarnosos, rengos, tuertos, ciegos, heridos de todas clases, ebrios tirados por cualquier vereda, violentos, violadores, abusadores; hasta los supuestamente más pulcros, como bancarios y oficinistas en general, lucían ropas con manchas o bolsillos descosidos o desgarrones, pantalones húmedos en la entrepierna y fuertes olores a orín y transpiración mezclados con desodorantes dulzones y agresivos que no llegaban a taparlos y los amplificaban. Los deportes fueron perdiendo su gracia y convirtiéndose en competencia de fuerza. El fútbol casi desapareció como práctica popular. Solamente se veían transmisiones de partidos quizás repetidos, tal vez diseñados. En cualquier vereda se juega al Tope. Se arma una rueda de apostadores en torno a dos que se desafían y el que se desmaya primero ante el encontronazo de cabezas, pierde. También regresaron la riña de animales variados, el boxeo infantil, la lucha femenina en el barro, los torneos medievales en motocicleta con un bate por pica. El humor se degradó en burla. Y el amor en solitaria polución.

5

INFORME: No hay Apocalipsis. No hay destrucción final, total, masiva. Ningún cielo se va a enrollar. Hay una larguísima meseta chata. No es el no



lugar. Ni el espacio vacío. Sino el mundo zombie. El movimiento inercia. El motor se detuvo vaya a saber cuándo, pero el desplazamiento continúa. Quizás en algún momento la maquinaria retoma su funcionamiento por un breve lapso como para dar idea de nueva velocidad. Luego se detiene pero el desplazamiento continúa. Tal vez los precipicios no tengan fin.

6

INFORME: no creo que la decadencia sea eterna. En algún momento el organismo generará sus propios anticuerpos y se revitalizará. Aún de los árboles más carcomidos y polvorientos ha salido un brote que origina un árbol nuevo.

7

INFORME: salvo que no quede memoria. Si se altera la cadena de transmisión, no habrá renacimiento posible.

8

Hay una pila de chapas apoyada en ángulo. Debajo, a la sombra caliente, me echo a descansar. Dejo la mochila a un costado y doy vueltas. Estoy incómodo, nervioso. No sé qué me pasa ahora. Cae la noche y un reflejo me llama la atención. Cambio de posición en el piso aún ardiendo y veo la gran pantalla del muro. Es mi chica cinco estrellas. Baja de un auto rojo descapotado. Camina entre hombres que la miran moverse y entra en un salón. El salón está levemente iluminado, en el centro hay una enorme cama con forma de oleaje.

Suenan los timbales y comienzan a entrar los hombres. La rodean y ella grita. Comienzan a arrancarle la ropa, la echan boca abajo sobre una mesa, la atan. Cuando uno de ellos está a punto de poseerla, hay un estallido, una fuerte luz y entra el negro Will. La lucha es encarnizada. El negro Will contra diez o doce moles agresivas. De a uno, de a dos, los va golpeando con sus puños, su cabeza y sus botas. Uno a uno caen, reintentan, vuelven a caer más golpeados que antes y huyen. Se vuelve hacia la chica y cuando se dispone a desatarla ella le pide que no lo haga, que la posea allí mismo, en agradecimiento. El negro Will lo hace. Y yo también.

9

Despierto empapado de sudor. Rozo sin querer una de las chapas y me quemo. Están a punto de arder. El sol les da de lleno. Asomo la cabeza por el ángulo y la luz parece sólida. Como si nevara. Un blanco que hiere los ojos. No hay pantalla sobre el muro de la autopista. O simplemente no la veo. Tampoco veo el muro de la autopista aunque siento su ruido atronador. Recuerdo autos incendiados, animales carniceros, ambulancias, bomberos, un avión chocando con el aspa de un molino, un fotógrafo muerto, un hombre en la penumbra con una especie de cuerno en el medio de la frente, monstruos tridimensionales saltando de una pantalla en una casa de campo. Gateo fuera de mi carpa de chapas contra la pared de una terraza que me tapa el sol. En contraluz aparecen dos cabezas que se hacen cuerpos. Suben al nivel en el que estoy pero varios techos más allá. Hay ahora varios más. No puedo ver porque tienen el sol rojo a sus espaldas. Son cinco o seis. Hablan entre ellos y sus voces me dan terror.

Son risitas de bestias que cambian, van y vienen, a ronquidos muy guturales. Noto que se dirigen hacia mí. Rápidamente salto la parecita, caigo a otro nivel intermedio, un metro o metro y medio. Quiero protegerme la cabeza pero no tengo con qué. Me falta algo. Sí. Me doy cuenta de que dejé algo en algún lugar. Seguramente ahí arriba, al calor de las chapas. Los viejos... recuerdo, son los viejos hienas, se lanzan tras de mí. Muy ágiles para su edad. De todas maneras consigo alejarme media cuadra. Atrás dejé algo bajo las chapas. Lo sé. Pero es todo lo que sé. Me aferro a esa idea como a un cinturón metálico para descender por un grueso cable desde un edificio alto y abandonado. Todas imágenes que me distraen. Dejé algo bajo las chapas. Vuelvo la vista y la fijo en la terraza de las chapas. Está junto a un tanque de agua pintado de azul y amarillo, muy descolorido. La tapa no tiene color. Es solamente gris cemento. Gris cemento, azul y amarillo. Silba un proyectil de vidrio pero solamente me roza y corta el borde de la manga, sin tocarme la piel. Recuerdo un sombrero protector. No lo tengo. ¿Dejé un sombrero bajo las chapas? Cemento, azul y amarillo. Cemento, azul y... proyectil de vidrio. Dos techos adelante hay un espejo. Pasa una nube y veo que el espejo es una heladera rota. Recuerdo azul y amarillo y... ¿cemento gris? Salto. Corro. Me meto en la heladera enorme y espejada. Es muy blanca por dentro y tiene feo olor. Fijo la cabeza en unas chapas amarillas y cemento. Y azul. Oigo pasos y voces roncadas. Afuera dicen, se fue, no hay señal; volvamos a la plaza.

Veo en mi cabeza bocas escupiendo palomas. Son seis viejos, estos viejos, que escupen palomas y también me persiguen. Veo un ahorcado con las

caras sucesivas de Simón, de la vieja Celina, del filósofo Jotapé. Sacudo la cabeza y repito “azul, cemento, amarillo, chapa”.

Algo late en el bolsillo. Meto la mano en el pantalón y encuentro un auricular. Impensadamente me lo meto en la oreja. La voz es conocida. Ahora no, me dice la voz de Simón. Ahora mejor descansar. Ahora no, repite, ahora mejor descansar.

Estoy agotado. Me acomodo lo mejor posible y dormito.

10

Ahora, me despierta la voz, hace falta algo metálico para cubrir la cabeza.

Termino de desprender una placa de veinte por veinte que tenía dos tornillos sueltos y no resistió mi tirón. Abro la puerta. Camino sosteniendo con una mano la pequeña placa sobre mi cabeza. La voz de mi padre me habla pero no la escucho. Solamente pienso en cemento y azul y amarillo. Camino unos pocos metros y reconozco el tanque de agua. Llego. Veo las chapas y tras ellas un bulto. Es una pequeña mochila. La abro. En su interior se destaca una laptop. Me quedo en mi refugio y abro la máquina.

11

INFORME: El deseo se volatilizó. Se abolió la voluntad. Se debilitó el superyo. Se perdió la capacidad de diferir el placer.

Todo lo que leo y oigo en la pantalla se cubre de cemento, azul y amarillo. Oigo la voz de Celina que habla de deseo, la de mi padre, la de Jotapé, otras, y todas son embarradas por cemento y amarillo. Primero. Y luego me asaltan más voces. Entrégate, rata, con la voz del negro Will. Déjenla en paz, cerdos gusanos. Gritos de los cerdos gusanos brutal, certeramente golpeados por Will. Una patada en medio del estómago dobla al gigantón pelado en dos mientras atrás caen dos gemelos con iguales parches en sus ojos izquierdos apaleados por el negro Will. La chica atada sonrío mientras Will la mira de reojo tranquilizándola y retuerce la cabeza que hace trac y queda muerta de un ser horrible lleno de aritos y tatuajes y cadenas. ¿Cemento y azul? resuenan en mi interior. Amarillo y las chapas. Pero vuelve el negro Will con su puño a repetición sobre el hígado de un albino mientras la chica le tira un beso mirándolo sobre el hombro porque está atada boca abajo contra una mesa. Su cuerpo está empapado de mágico sudor. Su ropa interior roja bajo el vestido arrancado también se humedece. Will golpea y golpea. Solamente se ven sus puños golpeando y a unos metros se entrevé la chica atada boca abajo. Ropa roja o amarilla y gris cemento. No, cemento, azul y amarillo. Recrudece el combate. Alguien, uno de los gemelos, golpea a traición al negro Will. Trastabilla y cae. Saltan cuatro moles sobre él pero con un rápido giro les pega en las piernas y los cuatro se chocan ridículamente entre ellos las cabezas peladas y se desmayan. A todos, por fin, les hace trac trac girándoles la cabeza y se mueren. La chica dice bravo bravo y sonriendo medio se desmaya. Él la empieza a desatar y ella se recobra y le dice que no la desate, que quiere que la posea en

agradecimiento. Él le arranca la poca ropa y se arranca la remera medio rota ya y el típico pantalón brillante de negro Will. Sacudo la cabeza y veo cemento gris, tanque azul, borde amarillo. Sacudo de nuevo y veo chapas apoyadas como un techito. Me asomo bajo las chapas y veo esta laptop, esta otra pantalla llena de palabras donde me pierdo pero algo, de a poco... me llega la voz de Simón y Celina y otros. Respiro profundamente y trato de entender. De vez en cuando el negro y la chica gritan increíbles orgasmos y patadas voladoras a gemelos y albinos. De todas formas, algo se me va armando en la cabeza. Muy de a poco.

13

INFORME: un conjunto de cosas ha afectado la memoria. La contaminación. El exceso de mercurio, dióxido de carbono...

La cara de Celina, fumando en un rincón de la pantalla, me hace sentir bien.

La contaminación con mercurio puede ser la causante. O un deterioro progresivo de la civilización, según otros. Sea como sea, de cualquier forma, las consecuencias son psicosomáticas. Y, por supuesto y contra lo que opina la mayoría, lo más importante está en el plano inconciente o digamos invisible. La psicosis, por dar un ejemplo sencillo, es mucho más perjudicial para la persona que la taquicardia, la gingivitis o la incontinencia. Ya un par de décadas antes de la supuesta epidemia de gripe, se comenzó a hablar en los foros de terapeutas del auge de casos relacionados con perturbaciones de la memoria, juicio crítico dañado, a menudo acompañados de manifestaciones físicas preocupantes como

los desórdenes auditivos, mutismo, temblor de párpados y lengua, además del insomnio, el nerviosismo, la irritabilidad, los ataques de pánico, el vértigo, la multiplicación de las fobias. Algunos opinaron que el impacto inicial o el detonante había sido la ingesta masiva de peces contaminados. Especialmente peces de aguas profundas, saturados por el mercurio de los desechos industriales. Luego, con la crisis, se le sumó la ingesta de animales depredadores. También se intentó explicar las patologías y enfermedades por las condiciones y características de ciertos trabajos. En las minas, el grabado de cristales, los laboratorios fotográficos, químicos, o el trabajo con cueros. Pese a interminables discusiones algunos acordamos que estábamos ante un fenómeno novedoso, sorprendente, de modificación masiva de las conductas, de la estructura del comportamiento, de la interacción entre las pulsiones y la razón, de la respuesta a los estímulos del medio. La vida cotidiana, personal y social, se vio afectada. Y aparentemente la misma cultura o civilización está ante una encrucijada insólita. La forma de ver, de entender, de oír. La memoria, el lenguaje. Todo está en medio de un proceso extraño y preocupante. El deseo parece haberse volatilizado. Y sin deseo, no hay vida.

14

Esta música desconocida me gusta pero es difícil. Casi no tiene percusión. Qué voy a hacer. ¿Seguir escapando por arriba de los techos? Tal vez disfrazarme y regresar. Pero mataron a Simón, mi padre, y mataron a Celina y a Jotapé y a más personas que desconozco aunque me cuentan cosas por la subred. Ahora sé que cuando sus caras me hablan desde un rincón de la

pantalla es porque ya están muertos. Los que aparecen velados deben estar vivos aún. De cualquier modo seguramente los tienen identificados. O quizás no. Ellos saben cómo burlar los controles pinchando cables en desuso. Suben la información y algunos la captamos. Luego hay que poder entender y retener lo fundamental. Yo sólo sé lo que voy viendo en este recorrido. No sé si le servirá a alguien pero de todos modos lo cuelgo acá. La música difícil se está mezclando en mi auricular. Suenan tambores de fondo. Suenan palos que golpean otros palos. Con más fuerza. Con más velocidad. Las letras de la pantalla son latidos. Se agrandan y se achican. No sirven para leer. Siguen el ritmo de los tambores. En mi cabeza me siento gritar “gris cemento y azul” como una boya que me indica dónde ir. Las letras vuelven por un instante a su tamaño y quietud. Con los ojos cerrados veo picos de aves hiriéndose y helicópteros chocando con molinos y un hombre colgando de un cable junto a una parrilla en un edificio abandonado y al negro Will golpeando y ametrallando seres horribles con tatuajes y aros por todo el cuerpo. La chica que lo espera atada boca abajo está también cuando el negro Will atraviesa el cielo colgado de un cable con su cinturón de metal. Es la que lo recibe y le lava la cara cuando se golpea contra un muro y cae sobre una montaña de bolsas de basura. También hay basura bajo el jeep que maneja el negro, con un hombro atravesado por una enorme bala que le arrojaron cobardemente escondidos unos seres horribles tatuados y con aros por todo el cuerpo desde un edificio abandonado. Will atraviesa el vidrio y vuela hasta la construcción que está del otro lado de la calle. Corre entre escritorios, ficheros, sillas y máquinas que son aplastadas por el jeep gigante de Will. Esquiva las balas que atraviesan el parabrisas. Para ver mejor lo rompe



todo el mismo. Llega al final de una enorme oficina y mientras un misil lo persigue, traba el acelerador, impacta contra una vidriera hacia el vacío y salta en el preciso instante en que el jeep explota alcanzado por el misil. Una monstruosa nube de fuego se extiende a sus espaldas. Él cae y se cuelga con dos dedos de una cornisa agrietada. Alcanza sin que lo vean a trepar de nuevo. Llega hasta el lugar donde están los seres horribles llenos de tatuajes y aros por todo el cuerpo y los mata uno a uno haciéndoles trac trac la cabeza. La chica está muerta. Él se sienta, con el brazo atravesado por una bala enorme. Se sienta al lado y la mira. Le acaricia el pelo. Él está muy triste. Tiene los ojos vidriosos. Una lágrima se desliza hasta el borde del ojo y comienza a correr por la mejilla. Pero la chica rubia tose. Está viva. Él sonrío. Ella le pasa un dedo por la mejilla y junta la lágrima. Él le acomoda el cabello largo y suavemente enrulado. Se besan. La cámara se va alejando con lentitud hacia arriba. Y se los ve a los dos caminando por una calle llena de flores. Una señora sale de su casa y los cubre con sendas mantas al negro Will y a la chica rubia que siguen de la mano mientras de las distintas ventanas asoman niños rubios y los saludan agradecidos. El cielo es increíblemente azul y las flores amarillas. Azul, amarillo, gris cemento. Unas chapas, la laptop, mi padre. La escena se diluye y vuelvo en mí. De todas formas tengo al negro Will y a la chica rubia acá cerca sonriéndome. Los dejo. No puedo. Cemento y azul. Y amarillo de un tanque de agua. Son la boya. Mi padre me dijo que tenga una boya para no delirar. Para no perderme. La boya es cemento gris, amarillo y azul; chapas como carpa y debajo la laptop.

Hay gritos extraños. Me asomo por el borde con precaución. Pasan sombras. Nadie mira hacia arriba, hacia donde estoy. Me reacomodo porque me duele la cintura. En realidad es entre la cintura y el ano. Me toco, una dureza molesta, una protuberancia que parece moverse, salirse todavía más. Me sorprende una pequeña cabeza que cruza muy cerca de la mía. Los ojos son pequeños y saltones, no me ven o ven mal. Se aleja y noto el largo cuello escamado sobre un cuerpo humano aparentemente normal. Lo siguen en torbellino seres iguales. Una hembra o mujer con faldas de colores y pechos flácidos al aire. Muchos pequeños y pequeñas de más o menos dos metros de altura, puro cuello, poca cabeza, poco cuerpo. Van empujándose, escupiéndose, peleando como crías, como hijos. No sé si son humanos. Me inspiran piedad con sus pies desnudos y sucios y su flacura desmesurada.

Suena la alarma de la laptop pero no puedo dejar de mirar el tropel que persigue o sigue a la familia con cuello escamado.

Un contingente de mujeres con los cabellos bailando. Vienen riendo divertidas. Algo ocurre en sus raros peinados. Se transforman. Algunas parecían tener el pelo lacio y llovido a la distancia pero al acercarse algo se pone en movimiento. Y cuando están inmediatamente debajo noto que son como víboras, o directamente víboras, que se arquean, entrelazan, me apuntan con sus lenguas, se estiran. Solamente puedo ver ahora un tapiz de serpientes amarillas, blancas, negras, rojas, plateadas que cubren la anatomía de sus dueñas.

Hay una mezcla de monstruos. Vientres hinchadísimos o panzas velludas. Mandíbulas brutalmente prominentes en cabezas protegidas por cascos de motociclistas. Cuernos, patas de chivo, cuerpo de caballo. Picos. Todo en

múltiples combinaciones con una base reconociblemente humana por su gesticulación o por la modulación de sus extraños lenguajes o sonidos.

Como si fueran comparsas de carnaval pasan los grupos temáticos. A los monstruos siguen los tullidos de toda índole. Sin un brazo, sin las piernas, con las extremidades deformadas en muñón o en pata, ala. Con orejas más grandes que la cabeza. Sin nariz, solamente con dos o un agujero. Sin maxilar inferior. Sin cuello, con la cabeza incrustada en el torso. Todos en la misma dirección. Más y más conjuntos. Ninguno con aspecto común. Los hay que se arrastran ayudados por lamentables soportes desvencijados. Ruedas rotas, bastones muy cortos o muy pesados. Muletas quebradizas. Ante la insistencia de la alarma y la saturación visual, me escondo unos cuantos minutos bajo las chapas. Cuando desaparece el sonido de alerta vuelvo a asomarme y descubro que la peregrinación sigue. Hay un grupo de padres que llevan niños atados y al menor disritmo los golpean para que mantengan el paso del grupo. A algunos se les notan manchas de sangre en la ropa o dificultades para desplazarse por los palazos recibidos. Pero todos siguen y siguen con bastante fervor. Con una aparente alegría de festival. Trascurre otra media hora y ya no se ve venir a nadie más. Decido dejar la laptop y los sigo por curiosidad. Llevo conmigo el pedazo de chapa protectora y de cuando en cuando me cubro la cabeza para que no me localicen. Recorro varias cuadras. Llego a un playón donde se han reunido las masas que vi pasar. Del otro lado se extiende una innumerable sucesión de monobloks semidestruídos. La mayoría sin ventanas. Muchos con agujeros violentos en las paredes quemadas. En ellos no se ve a nadie. Los monstruos están ubicados en redondo y en medio algo sucede. No puedo ver

bien. Es alguna clase de deporte o espectáculo. Las gentes corean frases que no llego a oír, saltan alegremente o con fervor, sacuden sus extremidades como saludo, como incitación o como advertencia. Comienza a proyectarse sobre el frente de los monoblocks, lo que ocurre en el círculo central. Es un torneo en el que dos parejas se arrojan bolas de barro. Abajo en la pantalla aparecen rayas de distintos colores que seguramente indican puntaje porque cambian de acuerdo con los gritos de la multitud. Además de las pelotas de barro, los contendientes se tiran con vísceras. Porciones de hígados negros, corazones enormes de algún animal grande, tripas. La alegría aumenta. La multitud bebe, traga, baila. Pero repentinamente sucede el caos. El cielo se nubla de helicópteros de combate que bombardean a los fanáticos con una mezcla de humo negro y fuego verde. Comienza la huida en cualquier dirección. Se atropellan, se pisotean, son alcanzados por los impactos. La mayoría cae carbonizada. Los gritos de terror y los olores ácidos son insoportables. Huyo por donde vine con el metal cubriendo mi cabeza. No sé cómo llegué. Me arrojo bajo las chapas temblando. Mezclándose con el aullido de los que logran huir y con los estallidos finales de los helicópteros de control comienzo a oír la voz inconfundible del negro Will que grita desde todas las pantallas gigantes. Sucios gusanos, bastardos, monstruos. Espío y veo que en un ángulo aparece el presentador mientras el Negro poco a poco se aleja y le deja su lugar. “Podemos celebrar y descansar tranquilos, Will se ha encargado nuevamente de eliminar los elementos peligrosos que asolaban nuestra región. Cientos de esos seres despreciables han sido capturados mientras planeaban nuevas fechorías contra la población sana.”

Tipeo la palabra “monstruos”. La cara que me habla desde un rincón de la pantalla está disimulada por cuadraditos de colores. Me alienta encontrar a alguien vivo en la subred.

INFORME: las transformaciones físicas comenzaron como casos aislados, numerosos pero diseminados por todas las regiones. Con la epidemia de gripe como detonante, causante o mera coincidencia, se los detectó. Por miedo se les atribuyó a los distintos la culpa de la peste. Hubo episodios de maltrato, golpizas, algunas muertes. Luego se encargó el mismo gobierno de perseguirlos, capturarlos o directamente eliminarlos. Prácticamente toda la población padece algún cambio físico pero en la mayoría de los casos son imperceptibles: deformidades en los dedos de los pies, protuberancias que quedan bajo la ropa o un sombrero, granos o sobrehuesos extirpables. Aquellos con signos muy evidentes fueron aislados por miedo al contagio en los trabajos, escuelas, hasta en la misma familia. Y fueron congregándose en ghettos. Ante el reclamo o denuncia de la población sana, o para calmar ánimos soliviantados por distintas razones, suelen hacerse invasiones a la zona de los monstruos para eliminarlos o cercarlos más aún.

Veo a continuación imágenes de pesadilla. Un niño completamente pelado es arrojado a un horno por una turba. Dos jóvenes y una señora de mediana edad son apaleados con saña seguramente por las manchas en la piel. Alumnos de una escuela especial mueren carbonizados en el transporte tras ser

atacados con molotovs en una esquina cualquiera. Un grupo de vecinos ata con alambres a tres monstruos: uno rengo, otro enano y la tercera, una embarazada con una joroba del tamaño de su vientre. Luego alguien trae unos cables y los electrocutan. Aplauden, gritan, se vuelven a sus tareas. En imágenes borrosas (probablemente obtenidas sin permiso) se ve una especie de laboratorio donde dos mujeres y un varón, de blanco impecable, someten a variados vejámenes a un hombre de mediana edad que está desnudo, atado a una especie de mástil. El hombre carece de tetillas y de ombligo, la boca es excesivamente pequeña y los ojos con las retinas completamente enrojecidas. Le aplican corriente eléctrica y luego anotan y comentan. Lo golpean con varas de distintos tamaños y colores. Meticulosos y fríos; distantes, profesionales. Lo escanean. Le introducen jeringas, catéteres, sondas. Anotan. Comentan. Luego lo matan de un disparo en la frente. Dos asistentes retiran el cuerpo y otros dos traen al siguiente conejillo de Indias. La imagen se diluye y da paso a un breve documental armado con noticieros televisivos y entrevistas relacionadas con un médico que asesinó a alguien que había entrado a su casa a robar. Averiguó dónde y con quién vivía el ladrón. Llevó el cadáver hasta la puerta de la casa y cuando salieron sus parientes y algunos vecinos les disparó con un arma poderosa a cada uno de ellos. Tras eliminar a doce personas, se entregó. Hubo un gran debate en torno a si había sido defensa propia. Por presión de la opinión pública, que en las encuestas apoyó en un 91% al médico y de muchos representantes del poder y los medios, fue absuelto. El documental también muestra marchas multitudinarias con personas llevando pancartas con leyendas favorables y remeras con su fotografía impresa.

Vuelve al rincón de la pantalla la cara semioculta de alguien de la subred.

Informe: Las acciones directas de la población continuaron en una escalada que preocupó a los poderosos porque la gente se organizaba, se militarizaba, y podía en cualquier momento, bajo cualquier excusa o situación de injusticia social, volverse contra ellos. Se empezaba persiguiendo monstruos y podía desviarse en ataque a los gobernantes. Por eso se encargaron de perseguirlos, capturarlos y periódicamente ajusticiarlos en la plaza pública o frente a las cámaras para calmar la ansiedad y la furia. O para proyectar en otros los propios miedos.

Poco a poco los fueron convirtiendo en culpables de todo. Especialmente de los accidentes de tránsito. El conductor de un camión que trasportaba oxígeno líquido atribuyó la maniobra brusca que terminó con cinco muertos y decenas de heridos a una manada de seres tatuados y con el torso desnudo que se le habría cruzado en plena ruta. Hubo una conmoción general y las patrullas seguidas de las cámaras y de vecinos destacados, entraron en uno de los ghettos y ajusticiaron a un grupo de jóvenes (tatuajes, aros, ropas exóticas). La población se calmó por un tiempo.

Una sucesión de violaciones, otra de secuestros extorsivos, robos y violencia callejera también los tuvieron por culpables. Se impuso la pena de muerte. La horca fue el medio preferido. Quizás porque venía siendo usada por vecinos hastiados que ejercían justicia por mano propia. Cortarle una mano al ladrón era más sangriento y complicado que colgarlo del árbol más próximo.

Pero como las deformaciones alcanzaron en mayor o menor grado a casi toda la población, el poder usó la excusa de los monstruos más esporádicamente: cuando había que distraer la atención de un problema mayor o cuando era necesario sacarse de encima a un opositor importante. El recurso luego lo usó cualquier individuo o grupo de individuos astuto para librarse de competidores comerciales o de la índole que fuera.

Uno de los más sangrientos y seriales es O.K., old killer. Admirado, respetado; conocido como Oki. De la larga lista de ajusticiamientos, el que le valió el salto a la fama fue el del cajero de banco. La madre de Oki era una pobre jubilada viuda. Todos los meses, cuando cobraba su magra pensión, era timada por un cajero. La vieja creía que por su distracción y desmemoria, perdía algo de dinero en el trayecto a su casa. Pero Oki descubrió que determinado cajero se dedicaba a quedarse con parte del sueldo de los ancianos solitarios que se presentaban a cobrar. Lo siguió, lo secuestró y lo torturó durante un largo fin de semana, grabó su confesión y luego lo ahorcó. El video circuló masivamente y los jueces se vieron obligados a declararlo inocente porque había actuado en defensa propia.

Meses después hizo lo mismo con un violador al que castró antes de colgarlo.

Se convirtió para la población en una especie de superhéroe al que se le atribuía la mayoría de los ajusticiamientos. Un videojuego con su imagen causó furor durante dos temporadas. Luego, como todo fenómeno, fue olvidándose, aunque sus métodos continuaron en manos de otro. Algunos



supusieron que había muerto, pero sigue vivo. Se cree que trabaja a sueldo para poderosos que necesitan distraer, escarmentar y/o disciplinar.

16

Creo reconocer su cara. En oleadas de rostros que se me superponen o que se desplazan como si una foto cayera sobre otra foto. Estoy seguro de que es uno de los cinco o seis viejos que me siguieron, que ahorcaron a mi padre. Tengo miedo. Todo empieza en mi cerebro a esfumarse. Repito mentalmente 50... un esfuerzo y 47, 44, 41... otro esfuerzo y... 39, no, 38. Sí, hacia atrás de tres en tres. Y luego de cuatro en cuatro o de siete en siete. Me asalta la imagen de mi madre, Helena, enseñándome ese juego. 35, 32, 29, 26, 23... y retengo la cara del asesino. La cara de Oki. Gris cemento, amarillo y azul, y veo el escondite; 20, 17, 14, y veo al asesino.

17

Informe (es la cara de Jotapé): Se conocieron en marchas contra inmigrantes, por la quema de basura, por el castigo a terapeutas acusados de haber ocasionado la epidemia de gripe. Luego persiguieron a los manchados, deformes, descoloridos y coloreados; firmaron petitorios contra el descontrol sexual y el aborto, o por la castración de violadores, o por la aplicación de penas ejemplares contra los ladrones (amputación de mano, brazo, pierna). Tuvieron

participación especial en los ajusticiamientos regionales de sospechosos. Sin juicio, bajo ley marcial. Y en el presente, con la situación absolutamente controlada (los monstruos en sus reservas y los normales con sus deportes y sus películas cinco estrellas), desaparecieron de los medios masivos. Pero, como Macbeth, la sangre no se detiene. El animal cebado no puede consumir otra cosa; difícilmente vuelva a roer un hueso, y necesitará más de aquello que lo cebó. Ya no es por paga, ni por complot, sino banalidad. El ejercicio requiere más ejercicio.

Además de irrupciones de caza en los ghettos, investigan y detectan enemigos por el modo de vida, por la ideología o por el aspecto o porque quieren apropiarse de algo de ellos (objetos, personas). Y en medio de un desmoronamiento generalizado de la memoria individual y colectiva, los viejos hienas han conservado la memoria del crimen, la tortura, la masacre.

18

Suenan tambores. No están solamente en mi cabeza. Afuera resuenan, repican, retumban. Cada golpe me mueve al olvido. Veo ante mí a los informes que me hablan, a las letras que me dicen, pero no puedo concentrarme. Aunque están aquí adelante, a pocos centímetros de mis ojos y de mis orejas, una barrera de gritos y tambores me dispersa. Cierro los ojos, me tapo las orejas fuertemente con dos dedos casi hasta lastimarme y repito 100, 97, 94, 91... 91... 91 menos tres... 91, 88, 85... destapo rápidamente las orejas y me pongo los

auriculares, 82, 79, 76. Ahora el negro Will mete su cara simpática en mi laptop y su voz marcial o amiga en mis oídos. Sacudo la cabeza como un perro mojado pero no se va. Sigue tiroteando a los malos mientras me indica que me cubra, que me agache, que le alcance un cargador. 73, 70, 67. Una cara disimulada en el rincón me grita que me desconecte y corra. “Ahora, urge Will, quédate quieto aquí. No temas, amigo”. Violentamente cierro la laptop, la guardo en la mochila y me la calzo de sombrero protector. Huyo. 64, 61, 58, 55. Salto a un techo en pendiente y me deslizo como por un tobogán descuajeringado. Recupero “cemento gris, amarillo y azul” más que como refugio, como ejercicio de concentración. Ya voy por 43, 40, 37. Y sigo contando. Cruzo una calle por el interior de un sucio tubo de un metro de diámetro que asciende hacia una terraza más alta. En contra baja roña que me hace patinar. Me pican las palmas de las manos. Pero llego. Es una terraza extensa donde yace el cadáver de una avioneta. Seguramente el piloto ha querido aterrizar allí por alguna emergencia. Está levemente torcida, con un ala chamuscada. Los vidrios intactos. Adentro no hay nadie, ni vivo ni muerto. Me saco la mochila sombrero protector. Me desparramo sobre un asiento mullido que solo tiene un poco de polvo. Creo que voy a poder dormir.

El sueño me gana pero el temor me mantiene apenas despierto. Tal vez sea una trampa. Tal vez este avión haya sido dejado acá para que yo me meta en él buscando seguridad y alivio, y luego las puertas se cierran y quedo atrapado. Ya estoy adentro de la nave y no me animo a intentar la huida. Solo queda esperar. ¿Será ratonera o es que correr se me ha hecho un hábito?

Aguanto una media hora y nada sucede. Los párpados pesan excesivamente. Lluve. Las gotas repiquetean amables sobre el metal y me dejo llevar.

Me despierto de un salto. Tengo las piernas mojadas. Se metió mucha agua dentro de la cabina. Los vidrios están empañados y no veo qué ocurre afuera. No parece que siga lloviendo. Hay un enorme silencio. El nivel del agua sube y ya me moja la cintura. Decido salir. Me calzo la mochila pero la puerta me ofrece mucha resistencia, parece trabada. Paso la palma de la mano por el vidrio y observo hacia fuera. Todo es agua. Y está subiendo aún más. El avión se mueve un poco por el oleaje pero no flota. Con un trozo de metal golpeo la ventanilla. No logro romperla. Y el agua sigue subiendo. No quiero morir en esta ratonera, en esta pecera. Con desesperación insisto y consigo astillarle un rincón al vidrio. Finalmente lo rompo todo mientras el agua entra como catarata. Salgo. Apenas se ven unas chimeneas y construcciones lejanas por encima del nivel. Nado con dificultad hasta un alambrado del que me cuelgo como mosca. Pasan cuerpos de ahogados. Restos de muebles. Animales extraños. Una mesa como bote con las patas para arriba con dos mujeres y un perro. Me ven, no dicen nada, no hacen ni un gesto. Van desoladas y mudas.

A unos cien metros se forma un remolino que crece y devora lo que gira a su alcance. La mesa tripulada no logra escapar a su fuerza centrípeta. Aquí y allá aparecen más remolinos de distintos tamaños. En cuestión de horas el nivel baja más o menos un metro y ya veo de nuevo el avión. Está mucho más lejos de lo que suponía. Por lo visto nadé a favor de alguna corriente que me arrastró hasta este alambrado. Los dedos de las manos y las plantas de los pies con los que me sostengo, me duelen mucho. Decido arriesgarme y nadar hasta

un pedacito de techo que se extiende tentador a unas pocas brazadas. Mientras me desplazo recuerdo el club donde aprendí a nadar. Mis padres leían el diario y yo jugaba. Es una plataforma de dos por dos. Aunque está algo húmeda es tierra firme. Me saco la ropa mojada y la despliego. Oteo los alrededores y creo que no hay nadie. No veo más que agua, restos variados y edificaciones lejanas que se levantan como mástiles. No me animo a prender la laptop. Si me localizaran no tendría cómo escapar ni dónde esconderme. La piel me arde en las axilas, entre las piernas, entre los dedos de los pies y en la comisura de los labios. La ropa ya está seca. Me visto. De golpe se forma una enorme corriente que se va llevando el agua, el nivel baja con rapidez. Como si hubiera abierto una compuerta o algo se hubiera destapado. En cuestión de media hora se empiezan a ver más casas. Y tras otra hora más, las calles.

19

Todo está sucio, como de costumbre. Pero hay un olor fuerte a podrido. Parejo y constante. No como los olores habituales que son desagradables pero variados. Hay una acidez que inunda el aire, que brota también de las paredes húmedas y de los caños. Desde el horizonte parece venir. La picazón irritante en la piel es más olfativa que táctil. Y la molestia de los pies fríos y la ropa pegada al cuerpo son hedor y no ardor. La pequeña mochila me pesa y busco un lugar donde sentarme. Cuando abro la laptop aparecen imágenes que me resultan familiares. Esa mesita junto a la ventana, la pantalla colgada en la pared al lado de una puerta verde. No es una foto sino un video de

mi departamento. Ahora lo reconozco. De golpe aparece frente a la cámara la cara inmensa de un viejo hiena que me mira y se ríe. Se pone junto al espejo y me muestra la laptop, “era de la vieja bruja torcida y fumona”, dice. Y recuerdo a Celina ahorcada y a mí mismo corriendo con algo escondido bajo la ropa. Detrás están los otros cinco. En mi departamento, husmeando todo, con la misma portátil que fuera de la terapeuta se complacen en hacerme ver cómo mean mis recuerdos, la única foto de Helena y Simón conmigo, cómo queman mi cama y cagan sobre mi mesa. Uno se masturba y eyacula dentro del cajón de mi ropa. Y ríen a la cámara para que yo vea desde este techo húmedo y maloliente. Mi pantalla ahora se parte en dos. Mientras a la derecha siguen los viejos hienas amenazándome y destruyendo, en la otra mitad me informan que puede ser grabado unos minutos u horas antes y que seguramente están aprovechando para rastrearme. ¿Lograron finalmente colarse en la subred o solamente consiguieron enviarme este video? Sea como fuere pueden ubicarme. Otra vez huir. Salto un pasillo y llego a otra terraza. Corro durante más de media hora entre techos vacíos y tubos de desagüe, finalmente la maniobra de distracción me lleva a una huerta como la que hacía mi padre. Camino entre el aroma de plantas perfumadas. Reconozco algo de las sopas de la niñez. Los tomates aún están verdes, como los pimientos, y un rincón enorme lo ocupa un zapallo increíble. Hay un sector con tanques humidificadores hecho de aluminio y debajo tengo lugar para permanecer sentado sin que me localicen.

Un detallado informe sobre los viejos me vuelve del edén al mundo real.

Bajo la cara del que me asustaba desde mi departamento aparece la descripción y los datos. Lo más llamativo es un detalle. Su especialidad culinaria es el asado de raya. Pero dice que para que mantenga el sabor no hay que matarla, la cocina viva. Una vieja filmación doméstica lo muestra con pantalón corto, remera, mocasines y boina en un patio a pleno sol atizando el fuego, divertido y simpático, gesticulando al camarógrafo mientras una joven, seguramente una hija, se le acerca, le da un beso y un paquete de regalo. Se oyen aplausos y voces variadas entonan el feliz cumpleaños. Abre el paquete mientras otras personas acuden a abrazarlo. Un chisporroteo del carbón lo pone alerta y mueve las brasas mientras algo palpita sobre la parrilla.

Las demás imágenes y perfiles son similares. Todos seres de vida aparentemente común hasta un punto, un momento de la historia, en que algo se les despertó o asomó. Algo que estaba escondido. Y se transformó en impulso asesino, deleite criminal.

Aunque los seis son distintos tienen en común un gesto y una mirada. Cierta acero, cierta soberbia.

El de barba candado fue pastor o pope de fundamentalismo religioso. Hay una pulcritud insana en su aspecto general. La obsesión por estar rasurado de manera impecable; hasta la ropa sport tiene pulcritud de frac. La impecabilidad no se altera a la hora de violentar jóvenes. Un mandato divino, definitivamente misógino, comanda sus desviaciones. La mujer es el pecado, el demonio, y no hay que caer en ella.

Los otros no son distintos en sus miserias. Han sido reunidos por una bandera común. Una idea fija, marcial, en contra de lo diferente.

Alguna herida antigua se ha calcificado y los ha dejado rígidos en aquellos pensamientos e impresiones. Hay dos ex adictos conversos que todo el tiempo sospechan y acusan de drogadictos a cualquiera. Y a todos los une la soberbia y la falta de misericordia. Capaces de golpear y torturar sin olvidarse del cumpleaños de un sobrinito o un nieto y del regalo que ya le compraron y deben envolver con papel de colores más moño con forma de flor.

21

En un pequeño bolsillo interior de la mochilita, encuentro el Manual. Unas hojitas abrochadas con las más dispares indicaciones. Cómo filtrar agua, qué cables sirven para conectarse a la subred, precauciones frente a los animales carroñeros... Uno de los capítulos se refiere a la preparación de un estimulante de la memoria. No solo dice los nombres de las plantas sino que están dibujadas. Busco en torno y reconozco el áloe y la cola de quirquincho, entre otras. Recojo unas hojas y las guardo. También me armo una vianda para varios días. A pesar de que creo que quien mantiene una huerta como esta debe ser confiable, ya no confío en nadie o no quiero ver a nadie y decido irme. Al fondo de la estructura de caños y nylon hay otra abertura. La traspaso y llego a un pequeño patio. Una escalera altísima se apoya en la pared. Me aseguro a sus últimos peldaños, me impulso con una pierna sobre la pared y la escalera casi como un juego infantil se hamaca hasta la pared contraria, del otro lado de la



calle. Me trepo a la nueva terraza y vuelvo a empujar la escalera para que quede igual que antes, enfrente. Saco de la bolsa un tomate no del todo maduro, y ahora, a caminar.

22

Por el muro cercano me acompaña la imagen de una película del negro Will. Es una película cinco estrellas. No puedo dejar de mirar. Su sonrisa de un blanco rutilante resalta sobre el fondo no menos rutilante del parque por donde anda Will. El césped es de un verde limón y las flores hieren con sus rojos y sus violetas. También el cielo tiene un atractivo tono eléctrico y las nubes, como los dientes de Will. El negro camina a mi lado llevando su arma de plata y recorriendo con la vista el horizonte para asegurarle paz y tranquilidad a los ciudadanos. Voy por una terraza pegada al muro y el héroe tiene ahora exactamente mi altura en la pantalla. Repentinamente gira todo su cuerpo hacia mí y me llama por mi nombre clavándome los ojos como un hermano mayor que es amable pero atemoriza. Sim, me dice y señala mi mochila, esas imágenes en tu notebook son mentiras. Inventos del enemigo. Puro terrorismo. Tú eres un buen soldado, Sim. Destruye esa maldita máquina traidora. Informes mentirosos. Recuerda –y veo las imágenes de destrucción y muerte-, recuerda cómo nos atacaron con la epidemia de gripe. Cómo mataron a nuestros niños y a nuestras madres.

Le doy la espalda pero su voz me penetra. Alrededor todo es gris. Las sombras no respetan el curso del sol. El sol está de lado y mi sombra me antecede. Will, mi héroe, sigue hablándome. Y en mi cabeza veo seres extraños que marchan sobre regiones conocidas con sus armas terribles destruyendo todo. A medida que se acercan, algunas caras me parecen familiares. Sí, los guerreros enemigos tienen cara de Celina, de mi padre, de Jotapé, Helena. Empiezo a pensar en amarillo, cemento y azul. Y a contar de tres en tres desde cien hacia atrás. Las imágenes van y vienen en oleadas. Mi cabeza está a la deriva. Ya voy por 59, 56, 53. Los guerreros conocidos adquieren cuerpos de monstruos. Un grupo de abuelos simpáticos intenta defender a pobres mujeres embarazadas. 50, 47. Son los viejos hienas. 44. No son abuelos simpáticos. 41, 38, 37, 36. Más monstruos atacan a niños. 44, 120? Pero los abuelos buenos con sus viejos uniformes dan la vida por todos nosotros. 6. Sí, son seis abuelos heroicos. Y los monstruos con caras humanas retroceden. Y los abuelos heroicos los capturan. Los seis ajustician a los terroristas. Cuelgan ahorcados en la plaza, son 54 o 53 o 61. Y todos festejamos. Desde las enormes pantallas el negro Will, con su mejor sonrisa, vestido de gala, dice que hemos triunfado una vez más.

Y luego hay un sonido perturbador.

Un reloj en la pared no para de hacer tic tac. Por la ventana entra un sol raro. Me asomo y veo nubes espesas atravesadas por rayos luminosos violentos. Una mujer joven sale de una puerta y viene hacia mí. Me da un beso, me dice buen día y me pone delante una taza con algo que parece té fuerte o café suave. Llamaron de la oficina, dice, dijeron que hoy entran a trabajar más tarde, a las once creo, por el tema de la lluvia o el temblor, no me acuerdo. En un estante contra la pared hay una notebook. No quiero desayunar, me dirijo nuevamente al ventanal y veo el mar.

Como en una película de amor cinco estrellas, de las que más me gustan, el mar parece reflejar el cielo: millones de peces fosforescentes flotan sobre el agua negra.